CAPÍTULO II

Hazañas francesas

I

Cumpliendo las ordenes del emperador, Soult envió dos columnas en persecución de Blake, acosado también por Lefèvre al frente de numerosas fuerzas.

El general español, que había pensado poder dar descanso á sus tropas en Reinosa, no pudo detenerse allí por venir sobre él el duque de Dalmacia, y aceleró su marcha á León por Aguilar de Campoo.

Iban con la columna todos los enfermos y heridos, llevando además alguna artillería que se había sacado de Reinosa, pues las seis piezas que tanto daño habían causado durante la batalla, se habían perdido al pasar el Trueba en la desordenada retirada que hubo que emprender.

De pronto las avanzadas anunciaron la aparición de tropas enemigas.

Era Lefèvre con su cuerpo de ejército.

La retaguardia pudo salvarse, pero quedó prisionera la vanguardia.

Es decir, los heridos y la escolta que llevaban.

Entonces tuvo lugar una horrible escena.

El brutal mariscalote dió orden á Sebastiani de que degollara los heridos.

Sebastiani confió tan *honroso* encargo al coronel de cazadores Tascher.

Los feroces sabuesos bonapartistas empezaron á buscar por los carros.

En el primero que registraron encontraron agonizando al bizarrísimo general Acevedo.

Un joven oficial, de simpática figura, intercedió suplicando le quitaran la vida á él en vez de acortar la del moribundo.

Tascher no quiso entenderse de razones.

—Si sois hombre de honor, coronel, no cometeréis este horrible atentado,—exclamaba el oficial.—Aquí tenéis un hombre que desprecia la vida: tomádsela y perdonad la de ese desgraciado herido.

Tascher se echó á reir.

—No sabéis quién es Acevedo,—repetía el oficial.—Cualquiera se honra con tratarle: es un Bayardo, un caballero sin miedo y sin tacha. Su deber le ha llevado á haceros la guerra, pero la ha hecho noblemente: ninguna ambición le guía más que ejecutar lo que su honor le manda. Miradle pálido, cubierto de sangre, lleno de mortífero plomo su noble pecho. ¡Compadeceos de él, coronel! Mirad que vais á matar á un dechado de hombres honrados y á un modelo de bravos militares. La religión de la milicia no permite ensañaros con un moribundo. Nosotros no haríamos jamás eso.

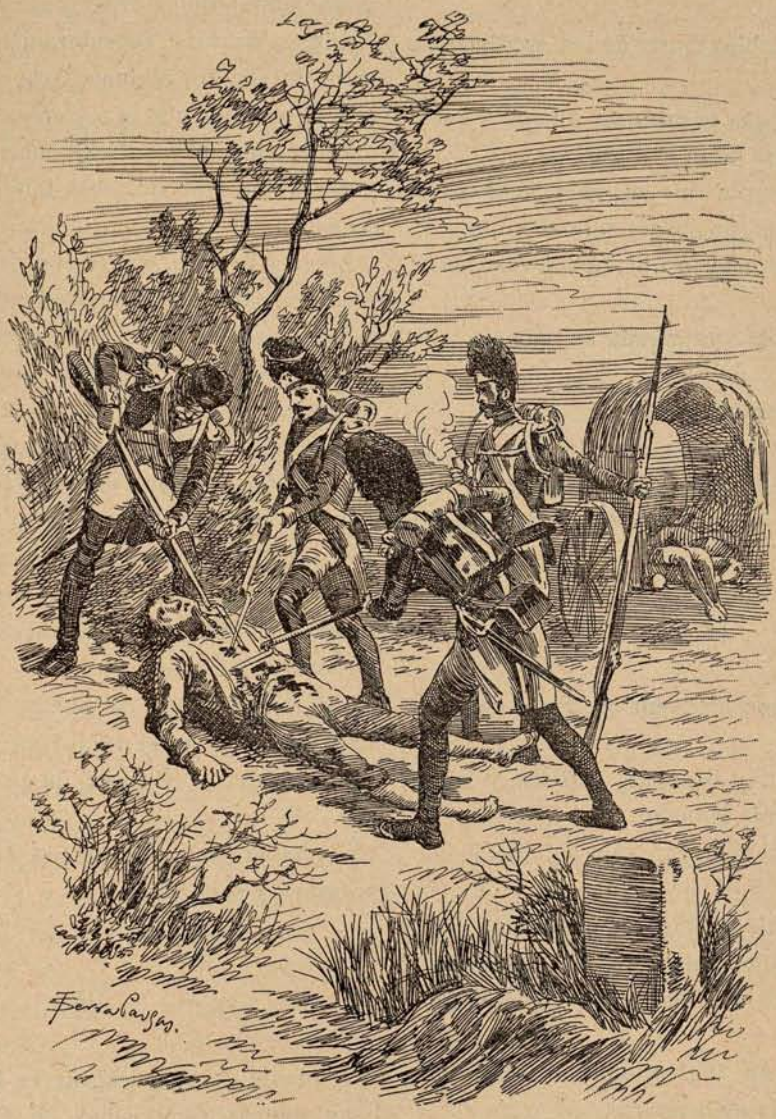
El coronel le miró con desprecio, y, dirigiéndose á los cazadores, exclamó:

—¡Matad á bayonetazos á ese miserable!

Entonces el ayudante se arrojó sobre el coronel para darle de bofetadas.

Algunos oficiales se interpusieron.

—¡Cobardes!—exclamó el oficial desabrochando su casaca y presentándoles su pecho.—¡Matadme á mí también, verdugos! ¡Matadme, villanos, sicarios del usurpador! ¡Matadme, porque si alguien hay que aborrezca al traidor de Bonaparte, si alguien hay ansioso de escupirle, de pisotearle; si alguien hay que le abomine y le desprecie, soy yo!



El mártir murió.

Entretanto los soldados habían echado á Acevedo sobre el polvo del camino y le clavaban bayonetas, sables, estoques, espadas y lanzas; le daban con la culata, se complacían en atormentarle, le desnudaban, le insultaban y le trituraban.

El mártir murió.

El ayudante exhalaba gritos de rabia, no habiendo imprecación que no dejase de echar en cara á los esbirros del ilustre Sebastiani, el tertuliano de madame Recamier.

—¡Sois unos asesinos, más que asesinos! ¡Sois bonapartistas!—rugía el ayudante.

Todos le miraban con asombro.

—¡Matadme! ¡Vuestro Bonaparte, vuestro Soult, vuestro Sebastiani, vuestro Tascher, son todos más infames que lo que puede ser emblema de la infamia!

—¡Prended á ese loco!—gritó Mascher.— Pero cuidado con él: no le matéis todavía.

—¡No me matáis porque sois unos bandidos,—exclamó rugiendo el oficial,—unos viles instrumentos del tirano! ¡No os atrevéis á matarme por cobardes y mal nacidos! ¡Sólo os gusta matar á pobres ancianos agonizantes!

¡Infeliz! ¡Tú no debías morir de los arcabuzazos franceses!

¡No era tu suerte que te matasen á tiros ó á bayonetazos los asesinos de tu general!

¡No debías conseguir que tu vida acabase al acabar la de Acevedo, que tanto defendiste, por la que tanto suplicaste, por la que tú querías morir también!

Te estaba reservada una cuerda de cáñamo...

Y un saco...

Y un patíbulo afrentoso...

No debías morir entre los héroes de Espinosa de los Monteros, sino en la plazuela de la Cebada.

¡Aquel ayudante de Acevedo era D. Rafael del Riego! (1).

II

Blake huía desesperado, vencido, lleno de profundo desaliento.

Y le seguían Soult, y le seguía Lefèvre, y le seguía Victor, y le seguía Milhaud.

Pero no le preocupaban tan sólo los que le seguían.

Le preocupaba también el que le esperaba.

Y le esperaba el general marqués de La Romana, el héroe legendario, el caudillo de las tropas evadidas de Dinamarca.

Blake, frío como un inglés, militar ilustrado, aguerrido, era víctima de la suerte.

Sus buenas cualidades como general se estrellaban ante la fatalidad de su sino.

Y el sino de Blake había sido y debía ser siempre fatal, siniestro, adverso.

Le estaba reservada una horrible suerte.

Que los enemigos le elogiasen, que le alabasen los extranjeros y que los españoles acabasen por no tener confianza en él y le motejasen y le calumniasen.

Hasta se inventaron refranes y dichetes contra él, tan arrojado general y correcto estratégico.

Los catalanes, que le conocían poco, decían de él: *Blaka may ataca* (Blake nunca ataca).

Y, sin embargo, Blake no se quejó y ni siquiera quiso sincerarse. Todos los que militaban á sus órdenes sabían quién era y cuánto valía su general.

Digna de toda consideración fué la Junta del reino de Galicia al expresarle después de Espinosa el alto concepto que le merecía.

De todas maneras Blake consiguió salvar la mayoría de su ejército, cosa laudable tras de aquel desastre.

Llegó á Renedo, en el valle de Cabuérniga, y allí se le presentó La Romana, al cual una corta enfermedad había impedido ir á buscarle á Espinosa.

Blake le iba á entregar 15,930 soldados y 508 oficiales.

Antes de la batalla tenía 21,000 hombres. Había una división completa en San Vicente de la Barquera y otra en la Nostosa.

Blake, con aquellos 21,000 hombres, había disputado Vizcaya palmo á palmo á los franceses, combatiendo en Bilbao, en Balmaseda, en Güeñes, en Zornoza y en Sodupe.

Había luchado con las balas, con los temporales, con el hambre, con el desabrigo, con la miseria, con el desaliento, la escasez, la penuria, la falta de todo.

Y lo había hecho encontrándose en un país áspero, estéril y saqueado.

III

En medio de sus desgracias había demostrado Blake buenas condiciones de general: así á lo menos lo proclaman los extranjeros.

En seguida que llegó á León hizo formal entrega de las tropas á La Romana, que no quiso tomar el mando en Renedo, limitándose á ordenar que se recogiese á dicha ciudad.

El digno ex general en jefe hubiera podido volverse á la Coruña y quedarse en aquella capitanía general, verdadera prebenda; pero Blake no era diplomático ni egoísta, sino un buen español y un honrado militar, y en vez de buscar el descanso siguió en aquel ejército con el cual estaba tan

(1) Histórico.

encariñado, con aquel ejército que él había creado, organizado y dirigido.

La Romana aceptó gustoso sus consejos.

Napoleón se puso de mal humor al saber que Blake seguía obteniendo la confianza de los gallegos, por más que le constara que en la Junta Central había quien no le miraba con buenos ojos.

Porque en la Junta Central tenía muy excelentes amigos el señor general Cuesta.

Y Napoleón entendía bastante en achaques de guerra para saber quién era Cuesta y quién era Blake.

Y, á decir verdad, hacía poca cuenta del tal Cuesta.

Y mucho caso de Blake, á pesar de Espinosa de los Monteros.

Y algo menos de La Romana, á pesar de Langeland.

Napoleón sabía que en Dinamarca había habido, además de La Romana, un San Román, un Espinosa, un Garroyo y otros.

Y á éstos sí que los temía mucho.

IV

Ocupados los franceses de Sebastiani en la tarea de estoquear á los heridos españoles que iban en la vanguardia sorprendida por Lefèvre cuando la retirada de Blake, oyeron el galope de caballos.

Creyendo no fuera la división de Malespina, acordaron recurrir á la honrosa estratagema de la fuga, dejando para otra ocasión acabar la obra comenzada.

Aprovechando los soldados la huída del francés y validos de la oscuridad de la noche, que empezaba á extender sus sombras, lleváronse en bayartes ó en hombros á los heridos que no habían sido acuchillados.

Un sargento se dirigió á uno de los carros, y dirigiéndose á un jefe que allí venía le dijo:

—Mi brigadier: tenemos que dejar aquí los bagajes para que no estorben en la retirada. Os conduciremos sobre nuestros fusiles hasta Cabuérniga, y allí podréis quedaros mientras no estéis restablecido.

El brigadier hizo una señal afirmativa, disponiéndose á bajar del carro.

El sargento Juan Ortego le ayudó á hacerlo con tierno cuidado; pero, con todo, no pudo conseguir que Espinosa dejase de desmayarse por haberse abierto la herida que tenía en la cabeza. Un cirujano restañó la sangre como pudo, y el brigadier volvió en sí.

Colocáronle sobre una manta encima de tres fusiles llevados por seis soldados, y en tal forma fueron siguiendo por el áspero y escabroso sendero que había de conducirles á León.

Los franceses se habían equivocado al creer española la caballería que habían oído aproximarse: al cabo de un cuarto de hora de correr les habían alcanzado los jinetes.

Eran dragones del cuerpo de ejército de Soult, destinados también á matar fugitivos. Habían encontrado, por desgracia, algunos centenares de españoles que iban escoltando varios carros cargados de fusiles y un considerable número de heridos, y habían hecho en ellos una gran carnicería.

Cuando supieron que los cazadores de Tascher se habían entregado á igual operación, parecieron poseídos de cierta envidia.

—¿Sabéis si han encontrado á un brigadier llamado Espinosa?—exclamó un capitán.

—No lo creo,—contestó Tascher.—Hemos rematado á un general, á varios comandantes, capitanes y subalternos; pero no recuerdo que se haya encontrado entre los heridos ningún brigadier ni coronel. No obstante, si os interesa podríamos ir á reconocer los cadáveres.

—Sí, vamos, porque no podéis figuraros cuánto me importa saberlo. Es fácil que el que busco esté allí, pues no lo he encontrado entre el gran número de los que han despachado mis dragones.

V

Los dos franceses se dirigieron á una hondonada donde yacían los mutilados restos de los españoles asesinados por Tascher.

Buscaron como lobos hambrientos, removiendo los montones de muertos, manchándose de sangre y lodo, trabajando con las manos y los pies.

—Ya está visto,—exclamó el dragón;—no hay ningún brigadier ni jefe, fuera de ese general. Se habrá salvado cuando habéis huído al aproximarnos nosotros, y, sin embargo, estoy cierto de que en Espinosa le dejé mortalmente herido, pues le apunté bien.

—No hemos huído: nos hemos retirado,—exclamó amoscado Tascher.

—Eso no me importa: lo que siento es que Espinosa se haya escapado. Pero ¡voto á Dios que nos hemos de ver las caras aunque deba irle á buscar hasta lo más profundo del infierno!

—Pero ¿qué diablos os ha hecho ese hombre y de cuándo lo conocéis?

—En mi vida lo he visto.

—Pues todavía lo comprendo menos.

—Pues figuraos sencillamente que por culpa de ese malvado murió mi hermana, se mató mi herma-

Los dos franceses se dirigieron á una hondonada...

no, y que por orden suya fueron asesinados el que era mi segundo padre y el que hubiera sido también hermano mío; y añadid á todo esto que mi madre está encerrada en una casa de locos, de la cual sólo saldrá para el cementerio, según me ha escrito Pinel.

—Siendo así, entiendo que querráis alcanzarle, y aun más os vale que lo podáis coger vivo que muerto.

—En efecto; pero como supongo que los que habéis despachado al otro mundo habrán tenido una agonía infernal y les habréis martirizado sabiamente, me hubiera gustado que Espinosa hubiese sido uno de ellos.

—No os equivocáis en lo que decís, pues los soldados se han entretenido con los prisioneros, haciendo con ellos toda clase de diabluras.

—Mis dragones han hecho igual á pesar de que el día 10, precisamente el mismo en que empezó esa batalla de Espinosa, se hartaron de acuchillar españoles en Gamonal, donde derrotamos en toda la línea á ese marquesito de Belveder. Lástima fué que no

pudiésemos coger á los artilleros, pues nos hicieron muchísimo daño, llevándonos filas enteras.

—Esa maldita artillería española es la que nos perjudica en todas ocasiones. Su fuego es siempre vigoroso y certero, siendo temible como un demonio.

—Ya cuidaremos de dejarles sin cañones. En Burgos les quitamos treinta piezas, en Espinosa seis, y cuando lleguemos á Reinosa supongo encontraremos treinta ó cuarenta más que ha dejado allí Blake.

Mientras iban así hablando el capitán y Tascher, llegaron adonde habían hecho alto los cazadores y dragones, á media jornada de Reinosa, y allí acamparon.

VI

La Junta había recibido la noticia de las derrotas de Espinosa y Gamonal con incomprensible estupefacción, como si fuesen sucesos imprevistos.

La camarilla de generales demagogo-realistas que rodeaba á aquellos señores puso el grito en el cielo, clamando por que se destituyese á todo el mundo, á Blake, á Belveder, al mismo Castaños, objeto de envidia para muchos desde la jornada de Bailén.

Quedaron destituídos Blake y Belveder, confundiendo la imposibilidad de vencer humanamente en que se había encontrado el primero, con la insustancial jactancia y la imperdonable necedad del otro.

Más tarde se quitó el mando á Castaños, tachado de poco emprendedor por no querer nacer caso de los planes disparatados que le proponían algunos buenos aunque harto irreflexivos españoles.

Acordóse conferir el mando del ejército del centro también al marqués de La Romana, sin considerar que el general estaba en León y que Tudela dista más de 100 leguas de aquella ciudad.

Pero estaba Romana en predicamento y se había convertido en el favorito de todos los españoles.

Y se comprende: Castaños era hombre de harto buen sentido y de inteligencia asaz esclarecida para agradar en aquella época de entusiasmo fervoroso y de acalorado patriotismo.

En cambio Romana tenía mucho atractivo de resultas de la maravillosa retirada de Dinamarca; y él, por su parte, no se recataba de manifestar sus planes de guerra, extravagantes y novelescos, que fascinaban la imaginación popular.

Digamos toda la verdad.

Romana no inspiraba celos ni odio á nadie.

No inspiraba celos porque no había alcanzado ninguna victoria.

Y no inspiraba odio porque había estado ausente.

No había por qué acusarle de haber ganado la batalla de Bailén, y en la Junta Central no había hecho sombra á nadie.

Romana quedó, pues, al frente de los restos del ejército de la izquierda y del centro.

VII

Y, con todo, ¿qué importaba que fuese éste ó el otro general el que mandase las tropas? ¿Qué importaba que perdiésemos una batalla tras otra, que se apoderasen los franceses de una capital, ni de dos, ni de quince? ¿Qué importaba que nos quedásemos á veces sin cañones, que careciésemos de sabios estratégicos, de generales académicos ó de prodigiosos ingenieros?

La batalla de Espinosa ¿que le había valido á Napoleón? Matar unos cuantos centenares de reclutas y algunos excelentes jefes; pero no por eso se habían de someterle las Castillas ni las Vascongadas.

Aquello no era lo de las otras partes. Después de Marengo, los austriacos entregaban la Italia á Napoleón; después de Hoenlinden, la Francia extendía sus fronteras hasta el Rhin, y el Austria perdía las suyas mas allá del Adige; después de Ulma, caía prisionero un ejército de ochenta mil hombres; después de Austerlitz, quedaban destruídos los ejércitos austro-rusos y Napoleón veíase árbitro de los destinos de Europa; después de Jena, se hacía dueño de Prusia: después de Eylau y de Friedland, llegaba á su apogeo la gloria de Bonaparte: después de Espinosa, ¿qué?

¿Qué? Lo mismo que antes.

Napoleón no sacó ningún partido de tal victoria. Lamentable fué nuestra pérdida, pero no lo bastante para que se marchitasen los laureles de Bailén.

Ninguna importancia tenía una derrota causada á un pueblo en estado semianárquico, sin educación militar, sin jefes, sin reyes, con el entusiasmo por único guía.

En cambio, cuando este pueblo derrotaba al capi-

tán del siglo, el hecho revestía una extraordinaria importancia.

Lo que no habían conseguido los mariscales Melas y Kray, el archiduque Juan, el ilustre Mack, el emperador Alejandro, el duque de Brunswick, Benningsen, Michelson, el rey Federico Guillermo, Blucher, Kalkreut, Hoenloe, el príncipe de Wurtemberg, los más ilustres guerreros de las grandes potencias, los generales en jefe de los más aguerridos y sólidos ejércitos; lo había logrado un oscuro general que se llamaba Castaños, ó tal vez un no menos oscuro suizo llamado Reding.

Esto no podía borrarse: esto lo sabía toda Europa.

En cambio, que el brillante mariscal Víctor derrotase á Blake, ¿qué significaba? ¿qué importaba que le persiguiesen Soult y Lefèvre?

¿Era Blake duque de Bellune, duque de Dalmacia, duque de Dantzig?

A los ojos de Europa, Espinosa de los Monteros era menos que nada comparado con Bailén.

A los ojos de España, Espinosa de los Monteros había sido una torpeza de Blake. Sí: á los ojos de España, Blake se dejó derrotar adrede, porque los españoles no podían ser derrotados; y Belveder también se dejó derrotar adrede en Gamonal por Napoleón en persona.

¡Terrible situación de un vencedor, no poder convencer á su adversario de quien ha sido vencido!

El vencido no se tiene por tal: es un disperso que sabe dónde ha de reunirse con los otros dispersos. Un vencido se rinde, pero no combate al cabo de una hora.

Esto desesperaba á Napoleón. En otras partes, cuando ganaba una batalla conquistaba una nación: ahora ganaba dos batallas en un día, y, si conquistaba un través de dedo de terreno, la nación estaba menos sujeta que nunca. Si alcanzaba á entrar en Madrid, no llegaba á dominar á Carabanchel; si mandaba en Barcelona, no era dueño de Sarriá.

Convertíase en dominador de pueblos y ciudades, lo cual no es ser dueño de una nación.

VIII

Si por un capricho de la suerte Blake hubiese vencido en Espinosa, Napoleón caía al día siguiente, anticipándose siete años Waterloo. Napoleón hubiera debido entrar en Francia huyendo.

No debía ser así, y Napoleón pudo marchar á Madrid.

De algo habían de servirle las tropas francesas é italianas enviadas desde el Piamonte contra Cataluña; los cuerpos primero y sexto, dirigidos contra España desde Prusia; la marcha de *todas* las divisiones de dragones en la misma dirección; los 250,000 soldados y 50,000 caballos que mandaban Victor, duque de Bellune; Bessières, duque de Istria; Moncey, duque de Conegliano; Lefèvre, duque de Dantzig; Mortier, duque de Treviso; Ney, duque de Elchingen; el gran Gouvion Saint-Cyr, y Junot, duque de Abrantes; y la presencia de Lannes, Berthier, Duroc, Savary y Jourdan, y cien otros perínclitos guerreros.

Todo para combatir *hordas de insurgentes* en un *país salvaje;* todo para derrotar á Blake, á Castaños, á Mendizábal, á Belveder, á Sanjuán ó á Vives.

El emperador tomaba muy á pechos la cosa.

Lo cual demostraba que no era necio.

Dolíale que Espinosa de los Monteros le resultase una ganancia como la del yelmo de Mambrino al famoso hidalgo.

Sentíase impaciente por entrar en Madrid, creyendo dar un gran golpe.

No habia duda que lo conseguiría; pero ¿qué provecho sacaría de la cosa?

Ser rey interino de la coronada villa.

Dominar allí mientras no se separase un tiro de fusil más allá de sus tapias.

El emperador tan sólo imperaba donde tenía puesto el pie.

La pulgada de tierra que seguía gritaba ya:—¡Muera Napoleón!

IX

Derrotar un ejército no era, pues, vencer.

Dominar en casi todas las capitales, ser dueño de la mayoría de las plazas fuertes, no era dominar ni poseer.

Era preciso, para que fuera así, ocupar todo el territorio, enteramente todo.

Y aun no bastaba eso: era menester también otra cosa más difícil: tras la posesión del territorio era indispensable la posesión de los ánimos, el quebrantamiento de la resistencia.

Ánimos que no se rendían como se habían rendido en Germania, en Austria y en Prusia. Cuando un

pueblo caía, se levantaba otro; cuando un ejército se disipaba, aparecía otro en su lugar.

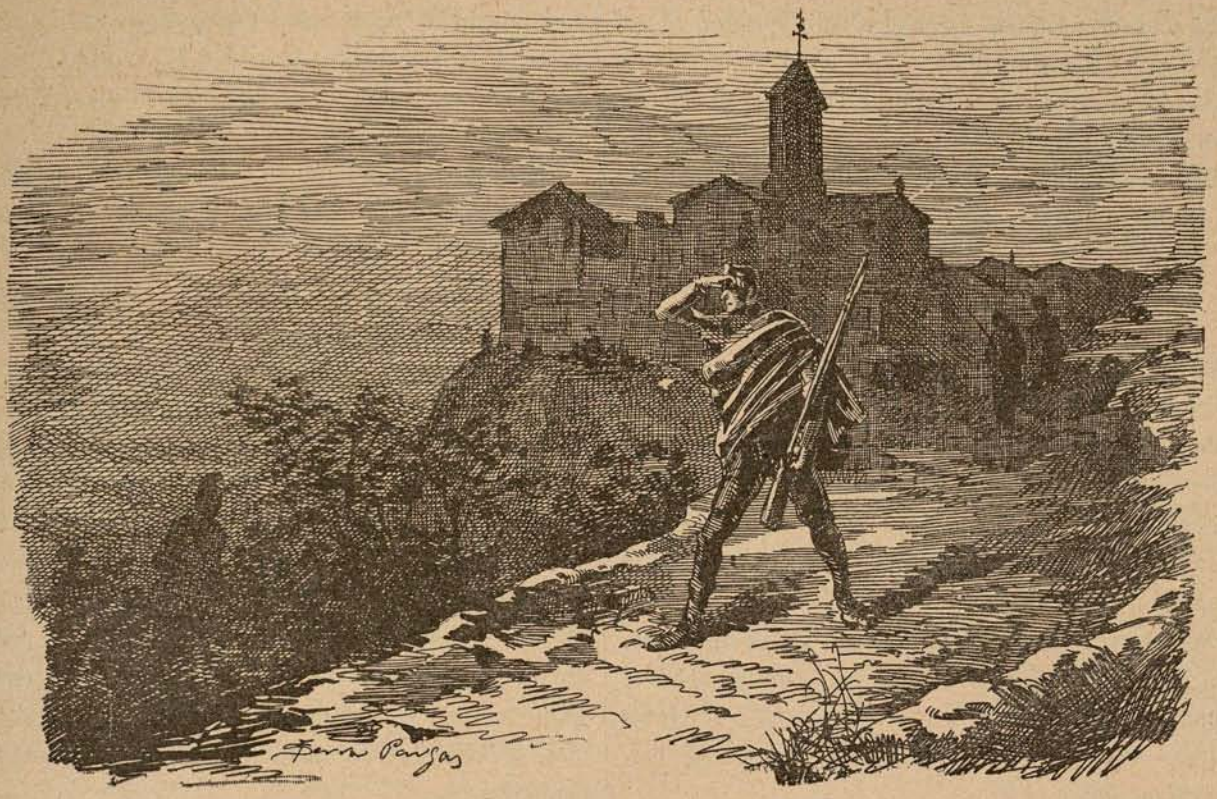
Y esto lo hacía España sola, esta es la verdad: los auxilios de los ingleses eran interesados. Su ayuda nos salía tan cara como la enemistad francesa: esto es lo cierto.

España desplegaba una cualidad que no habían revelado los impasibles pueblos del Norte, á saber, una fuerza de resistencia incomparable.

Era aquella misma fuerza que habían empleado antes contra nosotros los flamencos: la fuerza de todo pueblo débil contra un coloso; fuerza terrible que acaba por vencer, como lo fuimos nosotros á pesar de nuestros duques de Alba.

Los franceses habían tropezado con una nación de testarudos y les iba á costar caro.

Y, además, no había reyes: hacían la guerra las provincias, cada una por sí.



Avanzó y arrojó un papel á los pies del centinela...

X

Cuando iba el ejército en retirada atravesando las montañas de León, ocurrió un hecho sumamente singular.

El día 18 de noviembre de 1808 era día de luna llena. Las tropas de Blake verificaban una marcha al favor de aquella claridad.

El general había acampado en Santa Cruz de Abranes. Las avanzadas daban regularmente el grito de *¡centinela alerta!*

Vagaba una sombra por los alrededores del pueblo.

El lugar estaba sumido en el silencio. Parecía que quería disimular su existencia para que si Soult se aproximaba no conociese que había allí una agrupación de hogares. Las campanas de la iglesia habían dejado de dar horas.

En una de las casas había un centinela á la puerta y una guardia en el zaguán.

Por las mal cerradas ventanas se distinguía luz.

Era una noche glacial. Todo estaba cubierto de nieve. Los lobos aullaban fúnebremente en el bosque, atraídos por el olor del ganado.

Aquel pueblo, posado en lo más alto de la sierra, parecía una cueva de mendigos ó un cementerio de buitres. Era horrible, miserable, lúgubre.

¡Qué ocurrencia la de convertir en teatro de la

guerra aquellas desoladas comarcas, cuyos habitantes tenían que huir en invierno para no perecer de hambre!

La sombra se fué aproximando sin ser vista por los centinelas.

Llevaba casco francés; iba embozada en anchurosa capa de paño azul; era alta, arrogante, marcial.

Avanzó y arrojó un papel á los pies del centinela, que disparó contra el bulto, guiado por el resplandor del casco que llevaba.

El soldado no quiso tocar el pliego y llamó al comandante de la guardia.

Salió éste, que era el teniente D. Juan de Castro, y recogió el papel.

Era una carta que decía: «Á Ricardo Espinosa, de un enemigo mortal suyo.»

XI

No era aquella hora á propósito para irle con misivas al brigadier.

Pero estaba Garroyo, y el teniente Castro, de Tierra de Campos, se la entregó para que la pasara al herido.

Garroyo murmuró algo entre dientes y se guardó la carta.

Las tropas se pusieron en marcha al día siguiente.

El brigadier Espinosa seguía inspirando cuidado: la herida de la cabeza era grave; tenía frecuentes delirios, después de los cuales caía en una extremada postración.

Delirios extraños durante los cuales hablaba siempre de lo mismo y pronunciaba un solo nombre: Julieta.

Garroyo entrevería una extraña relación entre el delirio y la carta.

No quiso hablarle de ello á su amigo, pero por otra parte tal vez convenía enterarse del contenido del papel.

Espinosa estaba herido: Garroyo ocupaba su lugar. Era un papel presentado en son de guerra: los centinelas habían manifestado que á la luz de la luna habían distinguido á un oficial de dragones.

Garroyo no quiso aguardar más, y al llegar á Puebla de Sanabria rompió el sobre y leyó.

Era una carta que decía así: «Más noble y honrado que vos, que asesinasteis á mis hermanos á mansalva y que estrangulasteis á un viejo sin permitirle defenderse, os anuncio que he llegado hasta aquí para ver de arrancaros la miserable vida que aun os queda. No ha podido ser por hoy, pero contad que será otro día. No sois digno de que cruce mi sable con vuestra navaja española: he de mataros como á un perro, privándoos de morir como un militar.—*Carlos Lacroix-Dupuy.*»

—¡Amenazas de muerte!—dijo para sí Garroyo.—La familia Dupuy no queda nunca bastante exterminada. Estaremos á la defensiva y trataremos de coger algún dragón para representar de nuevo la hazaña de San Jorge. Queda á mi cuidado preservar á Espinosa de semejantes bicharracos. Veremos quién podrá más.

Espinosa llegó á León en estado gravísimo, alojándose en casa de un rico hacendado llamado D. Froilán Ordóñez.

XII

La Romana había tomado el mando del ejército de la izquierda, dividiéndolo en dos trozos: ocupaba el primero á León y estaba acantonado el otro en Mansilla de las Mulas, guardando el paso del Esla en el puente de Villarente.

Contaba con 16,000 hombres por habérsele reunido la división asturiana que se había refugiado en San Vicente de la Barquera después de la jornada de Espinosa. Aquellos valientes habían conseguido cruzar el principado á pesar de la persecución de Soult, incorporándose gozosos á sus antiguos compañeros.

Pero como si el cielo hubiese querido enviar contra los heroicos españoles todo linaje de plagas, desarrollóse en León, en Oviedo, y en los pueblos por donde habían pasado los fugitivos, una violenta y mortífera epidemia de fiebres malignas contagiosas.

Llevábanlas consigo aquellos desgraciados soldados como triste fruto del hambre, del desabrigo y de los rigurosos tiempos que habían padecido.

La peste sigue á la guerra como la detonación al fogonazo: secuela inevitable.

Morían cada día atacados de tifus los que se habían salvado de las balas francesas.

Los principales jefes yacían postrados en el lecho, víctimas del terrible mal.

Todo se conjuraba contra la causa de la independencia española, todo eran desastres.

Así pasaron los últimos días de noviembre y la primera quincena de diciembre de 1808.

Desde la rota de Espinosa de los Monteros no cabía contar período más aciago.

Los ingleses que habían venido á ayudarnos, sólo servían para sembrar el pánico y esparcir el desaliento. Mandábalos un apreciable sujeto llamado Sir John Moore, creído de que Napoleón era invencible: el general inglés era la imagen del azoramiento, de la desconfianza y de las pocas ganas de hacer nada en nuestro favor.

En esto llegó á León la noticia de que Castaños había perdido en Tudela una batalla el 23 de noviembre. Lo mismo que en Espinosa, estábamos ya á punto de ganar, cuando se mostró adversa la suerte. Tal vez si el general Grimarest no hubiese tardado tanto en acudir al lugar de la acción se hubiera podido vencer. Con todo, y lo mismo que en Espinosa, Napoleón no había conseguido gran ventaja, á pesar de que habían atacado las posiciones españolas los cuerpos de ejército de Lannes y Moncey y la brillante división de Maurice Mathieu; pero, al contrario que en Espinosa, hubo mucho que censurar en el comportamiento de los generales y los subalternos. Nadie obedeció del modo que debía: no hubo concierto, y, antes al revés, sobró imprevisión y abandono. Perdimos como siempre mucha artillería, más de cuarenta piezas. Hicieron los franceses dos mil prisioneros, pero con la particularidad de estar todos heridos, «por la razón sencilla,—dice un historiador francés,—de que no se podía cogerlos sin acuchillarlos.» Excusado parecerá decir que esos prisioneros eran aragoneses.

Con la derrota de Castaños se frustró el pensamiento de que el ejército de su mando pudiera acudir en socorro de Madrid, impidiendo á Napoleón la entrada en los puertos del Guadarrama.

Resultaba, pues, que el ejército de la izquierda estaba deshecho; el del centro encerrado en Zaragoza; el de Extremadura aniquilado por Napoleón en Gamonal. Parecía que España debía quedar anonadada y que la entrada del emperador en Madrid debía ser la señal de la conclusión de la guerra, y, sin embargo, el emperador se equivocaba lastimosamente al pensar así.

Las derrotas que nos causaba no influían en el espíritu público: muchos no las creían: después de Tudela fué tan general la convicción de que habíamos ganado, que el mariscal Ney dió plena fe á tal noticia y cometió una grave falta en virtud de haber creído derrotado á Lannes.

El emperador se desesperaba al ver que las tropas de la insurrección, que trataba imperialmente de *canalla*, no querían reconocer que debían dejarse derrotar por los héroes de Italia, de Austria, de Polonia, de Rusia, de Prusia, de Suecia y de Egipto; pero los españoles no lo entendían así y estaban resueltos á hacer frente lo mismo á Napoleón Bonaparte que al último general de división ó de brigada.

CAPÍTULO III

Noticias de varias partes.—En el Escorial.—Somosierra

I

MÉNDEZ había cumplido perfectamente el cometido que le llevó al Norte de Europa. Los españoles habían conseguido evadirse y en ello le correspondía su parte.

El bizarro comandante había desembarcado en Londres con el marqués de La Romana, el cual le envió á Madrid con una importante comisión para la Junta Central. Méndez no pudo incorporarse á su regimiento y quedó en la antigua corte de España á las órdenes del marqués de Castelar.

Su primer cuidado fué tranquilizar á Matilde, que seguía en Cádiz. En frecuentes cartas expresaba sus esperanzas de que pronto podrían reunirse en Madrid una vez rechazado Napoleón hasta la frontera.

Ni un momento había decaído su afecto á la hermosa extranjera, antes bien con la ausencia se avivaba más y más el infinito amor que por Matilde sentía.

No había enterado á ésta de los terribles acontecimientos ocurridos en Dinamarca durante los últimos días que permanecieron allí los españoles, para no evocar de nuevo los dolorosos recuerdos de su primera juventud. No quería Méndez aumentar con el relato de recientes desdichas las que habían perseguido á la joven desde su niñez.

Como si hubiera precedido á su nacimiento un funesto signo, surgía la muerte alrededor de la castellana de Rehinsberg: su dramática figura se levantaba sobre un pedestal de cadáveres y flotaba sobre un lago de sangre, cual fatídica visión del fatalismo antiguo.

Y, sin embargo, jamás se había mostrado tan serena su mirada, tan tersa su frente, tan tranquila su sonrisa: una estatua griega de blanco Paros no era más olímpica que su figura.

Méndez la recordaba á todas horas, impaciente por arrojarse á sus pies y sentir otra vez animarse bajo su mirada aquel hermosísimo semblante, cual marmórea Galatea ante los conjuros de Pygmalión.

Había recibido también noticias de Antonio Albenza y de la duquesa de Orgiva, enamorados como nunca, felices y tranquilos.

El estado del Principado era lisonjero en lo posible, gracias al esmero y cuidado de la Junta. La guerra tenía en Cataluña un carácter especial: formaba como un episodio en la lucha española y no trascendían hasta allí los reveses, como en las demás provincias. El ilustre general Gouvión Saint-Cyr se encontraba en situación por demás embarazosa.

En Madrid reinaba un pánico indescriptible después de las derrotas de Espinosa, Gamonal y Tude-

la. No era esto sólo: con el temor á lo porvenir crecían desvariadas sospechas é indignas acusaciones.

Méndez sentía encontrarse en aquel foco de murmuraciones y teatro de espantosas escenas, y mucho más hubiera preferido compartir la suerte de sus compañeros de armas, derrotados, perseguidos y hambrientos, que no permanecer espectador de los excesos de la ex corte.

II

El café de la Corredera Baja de San Pablo continuaba siendo un centro de noticias y el asiento de un verdadero enjambre de pacíficos estratégicos, tan entendidos como desatendidos.

A las primeras horas de la tarde era imposible penetrar en aquel recinto, ocupado enteramente por una multitud ávida de sensaciones.

A fines de noviembre, Méndez entró allí una tarde, atraído por la gritería.

D. Cleto tenía una *Gaceta de Madrid* aplicada á las narices, é iba leyendo el parte que daba don Francisco de Palafox, hermano del héroe de Zaragoza, de una gran batalla que habían ganado las tropas españolas.

Hasta entonces no parecía la tal batalla y la concurrencia se impacientaba, pues además de ser muy largo el parte, lo leía D. Cleto con suma lentitud.

—¡Que lo lea Alcalá Galiano!—gritaron de todas las mesas.

El joven no quería inferir tal desprecio á la fama de buen lector que se obstinaba en disfrutar aquel buen hombre, pero al fin y á la postre tuvo que coger la *Gaceta*, que le presentaban tres ó cuatro manos á la vez, arrebatándola de D. Cleto.

Para desgracia de éste, sólo faltaba leer el último párrafo de la comunicación, que era precisamente el más culminante.

Así decía el final del documento:

«Participo á V. que hemos *tomado* á Caparroso á las *once* de esta mañana, habiéndolo *evacuado* el enemigo á las *ocho*. Voy corriendo á activar todo aquello y á que sigan adelante las conquistas.»

Confesemos que tal victoria, bastante parecida á la renuncia que hizo D. Simplicio Majaderano de la mano de Leonor, dejó fríos á los oyentes, que esperaban otra cosa.

Sin embargo, era preciso que se dijese algo para animar el ardor de los concurrentes, y llovieron en breve noticias más ó menos fidedignas.

—Los ingleses, vencedores en Portugal, vienen adelantándose por ambas Castillas.

—De seguro que entrarán en Madrid, y entonces será de ver á Napoleón huyendo.

—Ello es que vienen camino del Escorial.

—Habrá otro Vimeiro, de seguro.

—Pero no manda Wellesley, sino John Moore.

—Napoleón no podrá atravesar los puertos. Con cuatro hombres me empeño yo á detener todo su ejército. Somosierra es infranqueable.

—Pero es preciso que D. Benito Sanjuán se mantenga firme, y yo no sé si con esos generales que tenemos conseguiremos gran ventaja.

En otras mesas había acaloradas discusiones políticas.

—Sí, señor: yo á ese D. Juan Pérez Villamil le fusilo en menos que canta un gallo. Tengo bien grabado en la memoria aquel párrafo en que le dice al rey: «Que verificado su anhelado rescate y vuelto al trono, si quería conservarlo mandase poco, mandase menos, porque son demasías las por muchos juzgadas prerrogativas de la Corona, y que el pueblo, de salir á recibirle ya libre, le presentaría con una mano una Constitución á que habría de atenerse.» Sí, señor: eso dice, *una Constitución á que habría de atenerse*. ¿No es esto inaudito, no es atroz, no es incalificable? ¡Una Constitución!...

—Y ¿cómo quiere V. que no digan cuanto les dé la gana habiendo en la Junta un Jovellanos y un Quintana? ¡Ah! ¡Si llega á morir Floriblanca vamos á quedar sumidos en todos los horrores de una revolución más sangrienta que la del 93!

—Me espanta V., D. Crisanto, al oirle tales palabras. Sólo con pensar en lo que V. dice, me estremezco.

Mas allá había un grupo de personas ilustradas. Harto denotaban en sus rostros los temores que les dominaban: aquellos españoles, sin embargo, estaban poseídos, un mes antes, de férvido entusiasmo, y á todas horas demostraban las más ciegas esperanzas.

—Tenemos pocas tropas que oponer á los 300,000 hombres que ha traído Napoleón. Esas últimas derrotas nos han causado mucho daño, en dos sentidos: privándonos de los valientes que han sucumbi-

do en las batallas y desprestigiando á nuestros bravos generales, obligados de pronto á medirse con los orgullosos y aguerridos mariscales franceses y con Napoleón en persona.

—Razón tenía Menéndez Valdés en su segunda *Alarma*,—contestaba otro,—cuando decía:

Vendrá y traerá sus legiones
que oprimen la Scytia helada,
ofreciendo á su codicia,
por cebo, montes de plata.

Vendrá y lloraréis de nuevo
las ciudades asoladas, etc.

—Sí, tenía razón, hay que confesarlo; pero nos queda el entusiasmo nacional, la altivez española, la razón, el derecho, la justicia de nuestra causa; nos queda corazón á todos para defender nuestra independencia hasta derramar nuestra última gota de sangre.

—Y ¿se sabe dónde para ahora el tirano?

—Desde que salió de Burgos tiene tiempo de haber llegado á Aranda de Duero.

Era aquel el día 24.

De pronto se oyó un prolongado rumor en el café.

Méndez preguntó qué ocurría y el mozo le contestó que había pasado el verdugo, llamado para quemar por su mano las cartas que habían escrito los ministros de Pepe Botellas á Floridablanca, al decano del Consejo real y al Corregidor de Madrid, proponiéndoles que cesasen en su resistencia y se sometiesen.

—Está bien, está muy bien dispuesto,—exclamaban todos.

—No es esto sólo: la Junta ha declarado infidentes y desleales á sus autores y les ha formado causa: así ha respondido al decreto de proscripción lanzado por Napoleón contra ella.

—¡Pero habiéndose comprometido tanto la Junta, habrá de pensar en ponerse á cubierto de un golpe de mano de los franceses! Si por desgracia llegan á entrar en Madrid antes de que ellos lo sepan en Aranjuez, se verán cortados.

—Ya habló algo de ello Jovellanos hace días, pero parece que se espera cuando menos mucha resistencia en Somosierra y que habrá tiempo de sobras para trasladarse á las provincias meridionales.

—Dios lo quiera.

Predominaban, pues, funestos augurios en vez de las lisonjeras esperanzas de otros días.

En Madrid había muy poca guarnición, habiendo salido todas las tropas disponibles á guardar el paso de Somosierra.

El capitán general marqués de Castelar era adorado por el pueblo: si no era un gran talento, estaba poseído, en cambio, de un ardiente patriotismo y era fiel y honrado.

Méndez, como hemos dicho, estaba á sus órdenes.

El general le mandó que fuese al Escorial á adquirir noticias de los movimientos del enemigo. Méndez salió la tarde del 26, fría y melancólica, y llegó allí á media noche.

Lo que Méndez vió, oyó y apreció le dejó abatido: hubiera preferido encontrarse herido en la cabeza, como Espinosa, que no sentirse desgarrado el corazón.

III

Méndez llegó á la maravillosa fábrica de Juan de Herrera deseoso de adquirir todos los detalles posibles acerca de la marcha de Bonaparte.

Desde el gran monasterio veía el alto Somosierra, cubierto de nieves, erguido cual centinela destinado á dar la voz de *¡alerta!* á los inmensos declives que de él se desprenden en todas direcciones.

El general D. Benito Sanjuán estaba allí guarneciendo el paso principal, teniendo á sus órdenes los cuerpos que se habían sacado de Madrid, la primera y tercera división de Andalucía, algunas tropas recién creadas y las reliquias del anonadado ejército de Extremadura, componiendo un total de unos doce mil hombres desmoralizados, insubordinados, acobardados y endebles.

En lo alto del puerto se habían construído algunas obras de campaña ridículamente insuficientes. En Sepúlveda estaba la vanguardia á las órdenes de D. Juan Sarden, compuesta de unos tres mil hombres; los otros nueve mil ocupaban la garganta de la sierra.

Los monjes enteraron á Méndez del mal estado en que se hallaban las tropas, cuyas perversas intenciones no se recataban de ocultar. Iba á pasar como en Lerín, donde el regimiento de tiradores de

Cádiz, formado de presidiarios, se había dejado hacer prisionero casi sin resistencia. Si las tropas de Sanjuán no estaban compuestas de presidiarios, poco les faltaba, contrastando con la honradez, denuedo y caballerosidad del infortunado general.

A la mañana siguiente salió Méndez á caballo, aproximándose á la sierra, y pudo convencerse de la verdad de lo que le habían dicho los frailes al contemplar los pelotones que iban á incorporarse al grueso de las fuerzas.

Mucho se había internado Méndez por los fragosos carrascales, que pueblan las laderas de la sierra, cuando le llamó la atención un soldado francés que venía solo.

Mandóle hacer alto y le preguntó quién era y á qué venía.

Los monjes enteraron á Méndez del mal estado en que se hallaban las tropas...

El francés contestó que era uno de los prisioneros de Bailén que estaban sirviendo con Castaños en clase de voluntarios, con muchos otros, y que había llegado allí huyendo de los franceses después de una escaramuza que había habido en Caparroso.

Méndez no se fió y le mandó que marchase á su lado hasta que pasase algún pelotón para incorporarse á él.

El francés miraba con mucha atención á Méndez, fijándose en el núm. 3 que llevaban los botones del uniforme, denotando pertenecer al regimiento de la Princesa.

El sitio era desierto, salvaje, una verdadera soledad.

De pronto el extranjero se plantó ante Méndez y le encaró la boca del fusil.

—¿Sois Méndez ó Garroyo?—le preguntó con ronca voz.

Méndez saltó del caballo al punto que el miserable disparaba el arma.

La bala le atravesó el sombrero sin hacerle el menor daño. Al verlo salvo el francés, tiró de la bayoneta y se precipitó contra el comandante como presa de infernal rencor.

Méndez disparóle á su vez un pistoletazo, dejándole mal herido.

El francés cayó al suelo revolcándose y lanzando rabiosos rugidos.

—¿Quién eres tú, miserable asesino, para pregun-

tarme eso? ¿Por qué has querido matar á quien no eres digno de que te mate á ti?

—Soy un hombre que os aborrece mortalmente: decidme que sois Méndez ó Garroyo y os aborreceré más todavía.

—Méndez soy. En cuanto á ti, ya sé quién eres: debes ser algún bastardo de Kindeland.

De nuevo lanzó un alarido el maltrecho francés, pugnando por levantarse.

—¿Qué venías á hacer aquí?—repuso Méndez.

—Venía á espiar para poder haceros más daño después.

—¿Quién te ha hecho venir?

—¡Eh! ¿Qué os importa? No creía ciertamente encontraros: me reservaba despedazaros á nuestra entrada en Madrid: ya sabía que estabais allí. ¡Oh, qué placer me habéis quitado!

—Pero ¿quien eres tú, criatura infernal?

—Soy hermano del que asesinasteis en Fredericia, de la que matasteis en Nyborg, del que se suicidó después: soy Carlos Lacroix-Dupuy.

—¡Tú! ¿Tú eres hermano de Dupuy?

—Sí, como vos sois el rufián de una perdida.

Méndez iba á cruzarle la cara con el látigo, pero se contuvo al ver en tierra al herido.

—No contesto á tus vergonzosos insultos porque no puedes defenderte; pero yo te juro que he de cuidarte tanto que primero será para mí salvarte la vida que defender á la patria. Voy á ser tu enfermero; voy á servirte de criado, á velar tu sueño, á curar tu herida. Todo eso y más, mucho más, haré para tener después el placer de atravesarte el corazón, cara á cara los dos.

—Si eso haces,—exclamó el herido,—será tanto mi agradecimiento que te mataré con verdadero dolor, sí, porque gracias á ti podré mataros á todos, empezando por ti y acabando por el más villano de tus compañeros de cuadrilla.

—Mira cómo empiezo ya ahora á cumplir lo dicho, —exclamó Méndez.

Cogió al herido con exquisito cuidado, y, después de restañarle la sangre, le hizo subir con él á caballo, emprendiendo de nuevo el camino del Escorial.

IV

Los monjes quedaron sorprendidos al ver llegar á Méndez llevando á un francés herido, montado con él á caballo, y se apresuraron á recoger al prisionero con toda clase de miramientos.

—Es un grande amigo mío,—dijo el comandante; —ha desertado del campo francés para unirse á nuestras filas, y merece, por consiguiente, que se le trate bien y que todos procuremos salvarle la vida.

Reconocida la herida, se vió que no era peligrosa: la bala había atravesado el muslo, pero sin dañar el hueso ni ningún vaso importante.

El cirujano del monasterio respondió de que el enfermo no corría peligro alguno y aseguró que estaría curado antes de quince días.

—Si eso lográis,— contestó Méndez,—no sabré cómo pagaros el beneficio que me habréis hecho: contad con que mi gratitud será tanta ó mayor que la del herido.

En cuanto á éste, no podía disimular la displicencia que le causaba verse atendido y curado por españoles: había constantemente pintada en su semblante una expresión de odio implacable; estaba callado, sombrío, ceñudo. Ninguna muestra daba de agradecer el esmerado trato que recibía; ninguna palabra de gratitud ó de simple cortesía tenía para la habilidad del cirujano que le extrajo la bala, profundamente hundida en los tejidos: pasaba horas y horas con los labios apretados, fruncido el sobrecejo y apoyada la cabeza en una mano, en actitud de despecho y ademán de ira.

Así pasaron dos días. Méndez regresó á Madrid el 29 por la noche. El enemigo se aproximaba á marchas forzadas. La madrugada del 28 había habido un choque entre los franceses y la vanguardia española colocada en Sepúlveda y, aunque, el enemigo atacó en número de 4,000 hombres y 100 caballos, fué rechazado; pero empezaron á circular rumores y voces contra nuestros jefes, propagados no se sabe por quién, y les fué forzoso replegarse á Segovia, dejando á Sanjuán desamparado y solo en Somosierra, con escasas fuerzas.

Estas fueron las tristes noticias que traía Méndez á Madrid. El resultado de la ventaja obtenida por Sarden en Sepúlveda había sido que sus cobardes soldados dejasen abandonado el punto que les estaba encomendado: de fijo que entre filas había quien sembraba la indisciplina y difundía seutimientos de malevolencia contra los caudillos.

Antes de marchar fué Méndez á ver al herido.

—El cirujano me ha prometido que dentro quince días estaréis curado;—le dijo.—Sin embargo, quince días es poco para que el combate pueda ser igual para las fuerzas de ambos: pongamos un mes. ¿Dónde queréis encontrarme ó que os encuentre?

—Dentro de un mes aun estaremos en Madrid,—repuso con impertinente tono el francés.—Quedamos en vernos allí. Si no podéis venir, ya cuidaré yo de buscaros.

—Conforme: procuraré que sepáis donde me encuentro á todas horas.

El comandante montó á caballo y partió á galope tendido para comunicar á Castelar las tristes noticias de la última hora.

En Madrid no se había hecho nada para defender la capital. Todo era agitación, pero sin haberse tomado ninguna medida importante.

Había muchas personas que emigraban á Extremadura ó á Andalucía, prefiriendo los riesgos del camino, poblado de malhechores, á los peligros de la resistencia. Muchos de estos fugitivos murieron á manos de la plebe, que los tomaba por traidores ó infidentes.

Méndez no paró, durante el día, de llevar órdenes. No cabía otro medio que contar para todo con el paisanaje, pues las tropas que habían quedado en la capital eran insuficientes.

Los jefes no estaban á la altura de las circunstancias: el capitán general Castelar y el gobernador Vera y Pantoja eran dos buenos patriotas, pero no muy provistos de luces. Había un tercer militar en quien todo el mundo creía reconocer un gran estratégico, y ese era D. Tomás de Morla, el gran traidor, el hombre sin palabra, sln valor y sin conciencia; uno de esos espadones de mérito convencional que tanto han repululado después en nuestras guerras civiles y en nuestros partidos presupuestívoros; fundador con Kindeland de esa raza de tránsfugas que aplica á las convulsiones políticas lo que en caso de guerra extranjera aplicaría tal vez á la independencia de la patria.

V

La traición cometida en Sepúlveda había dado sus frutos. Sanjuán estaba solo: su vanguardia le había desamparado sin saber por qué. Los franceses ya podían ir trepando por la sierra, pues nadie se lo impedía en virtud del abandono de la falda.

Napoleón había trazado el plan de ataque, señalando los menores detalles. Estaba enterado perfectamente de las disposiciones de las tropas españolas y de los medios de defensa con que contaban. Los espías de que se había valido se conocía que eran excelentes.

Por más que en Madrid supusiesen lo contrario, ello es que los pasos de Somosierra no eran tan infranqueables como se quería sostener. Aunque el camino real pasa encajonado, hay, con todo, cumbres más elevadas que dominan las escarpaduras en cuyo fondo está trazada la carretera. Había que coronar aquellas nevadas cúspides con tropas ligeras, lo cual no podía hacer Sanjuán por no tenerlas, ó de lo contrario podían los franceses franquear la posición, valiéndose del desamparo en que quedaban nuestros lados.

Densa niebla cubría el Guadarrama; niebla traidora, auxiliar del enemigo.

Sanjuán había colocado en la carretera una batería de 16 cañones, quedando detrás el grueso de las tropas.

En las sinuosidades y fraguras á derecha é izquierda del camino, había destacamentos de tiradores. No se creía que pudieran ser flanqueadas y que los franceses apareciesen en las alturas que dominaban aquéllas en que estaban apostados los nuestros.

A las seis de la mañana, libre de toda resistencia la falda de la sierra, sin un disparo que pudiese alarmar á los confiados españoles y envueltos los montes de espesa bruma, fueron subiendo silenciosamente los franceses por las pendientes del Somosierra, y llegaron sin ser vistos, favorecidos por la niebla, hasta las alturas que dominaban las posiciones de los defensores, rompiendo entonces con terrible ímpetu el primer fuego.

Sobrecogidos los nuestros al verse atacados desde arriba cuando creían dominar ellos todas las rampas por donde pudiesen aparecer los franceses, empezaron á entrar en dispersión, siendo desalojados de los flancos.

Sanjuán estaba con la artillería en medio de la carretera, haciendo un fuego vivísimo contra la columna francesa de ataque, numerosa y apoyada por seis cañones.

A cada embestida caían filas enteras, destrozadas por la metralla de nuestros artilleros.

Napoleón, furioso ante el estrago que causaban las rociadas de los defensores y en vista de que sólo conseguía sembrar de cadáveres el suelo, ordenó á la caballería de la guardia que arrollase al galope todo cuanto se le presentara delante.

Era una resolución desesperada, y al tomarla iba á sacrificar sus soldados favoritos, el cuerpo de su preferencia, los lanceros polacos.

VI

Napoleón había dicho á Berthier:—*La situación es grave.*

Montbrun se puso al frente de los lanceros, pasó por delante del emperador agitando su empenachado casco, y, seguido del vistosísimo y arrojado regimiento, se precipitó á galope sobre nuestras baterías.

Era un duelo tremendo entre caballos y cañones. El fuego de éstos era espantoso, horrible. Caían los jinetes en la estrecha garganta, pasando los demás por encima de sus cuerpos. Aquel lugar se había convertido en un infierno, en una obstrucción que podía ocasionar la caída de Bonaparte, y así era preciso pasar.

El primer escuadrón había vuelto grupas. Detrás venía el segundo, que le hizo volver otra vez de frente; con lo cual, y como si vinieran impelidos por irresistible fuerza, llegaron á los cañones, saltaron por encima y se apoderaron de la batería.

El emperador respiró. Había estado hasta entonces febril y anhelante, Todo le parecía poco para recompensar á los polacos por el heroico comportamiento que habían demostrado. Sin el sacrificio de sus vidas se hubiera ido prolongando la defensa del puerto, tal vez habría conseguido llegar Castaños con refuerzos, salir el pueblo de Madrid... Dueño de la batería, quedaba franco el camino de la capital.

—*¡Madrid es mío!*—dijo Napoleón.

VII

El valiente y bizarro Sanjuán quiso contener el desorden de los suyos y se lanzó á caballo por las enriscadas fragosidades del Guadarrama. Sus soldados no le oían, y seguían huyendo sin tratar de replegarse.

Sanjuán, cubierto de heridas y lleno de sangre, se vió de pronto rodeado por los lanceros polacos. A duras penas pudo abrirse paso, después de una encarnizada lucha de él solo contra diez; hasta que abatido, desangrado, sin aliento ni fuerzas, fué á parar á Segovia, á donde llegó por entre trochas y atajos sólo conocidos de los cazadores.

Todo eran desastres, pero más de uno era debido á la traición que minaba á aquellas tropas.

Sanjuán se encontró en Segovia con el general Heredia, que había reemplazado al marqués de Belveder en el mando del ejército de Extremadura.

Empezaron á acudir dispersos á la antigua ciudad castellana, y el día 2 de diciembre había reunidos ya gran parte de los fugitivos. No podía llamarse aquello un ejército, pero cuando menos era una agrupación de hombres armados y que podían batirse.

Heredia y Sanjuán se dirigieron á marchas dobles hacia el Escorial, donde acamparon al siguiente día.

Así que llegaron las tropas vieron á un general y á su ayudante que venían por el camino de Madrid llevando á escape sus caballos. Sanjuán se adelantó hacia ellos. Eran el vizconde de Gante y el comandante Méndez.

—¿Sois vos el general Sanjuán?—dijo el vizconde.

—El mismo.

—Urge que voléis al momento en socorro de Madrid. El general Morla nos ha vendido. La villa va á capitular sin hacer resistencia. Acudid sin falta. Yo me he podido escapar á pesar de tenerme vigilado para que no pudiese avisaros.

—Vuestro socorro puede salvar aún á la capital, —exclamó Méndez.—Tal vez La Peña podrá llegar también á tiempo si ha conseguido avistarse con el duque del Infantado. Si somos vencidos, peleemos á lo menos hasta que nos quede un hombre y un fusil.

—Está bien, señores,—contestó Sanjuán;—portémonos todos cual cumple á dignos españoles, mas permitidme que antes de ponernos en marcha para rescatar á la capital dé un ligero descanso á la columna, y hoy mismo el pueblo de Madrid verá bri-

llar nuestras bayonetas. Pero ¿no creéis que se haya entregado ya la villa?

—Tal vez no todavía. La traición nos está cercando. Se repartieron cartuchos de arena á los voluntarios.

—¡Qué vileza!

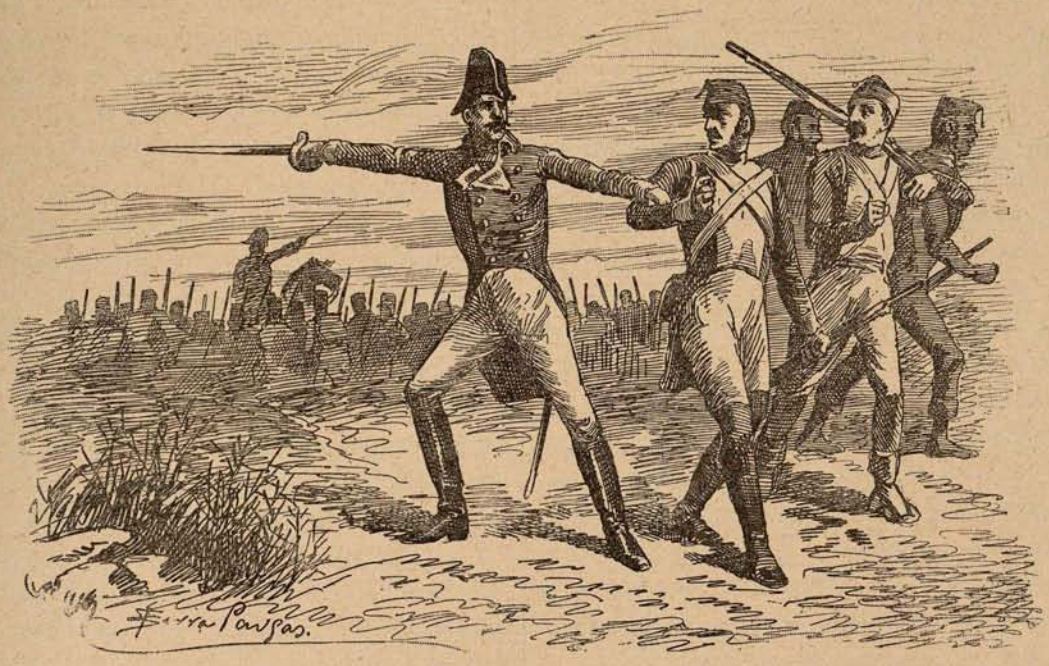
—Al amanecer de hoy Napoleón preparaba el ataque para apoderarse del Retiro. Sólo hay 300 soldados en la capital: lo demás es paisanaje mal armado, aunque lleno de entusiasmo.

—Está bien: esta tarde á las tres saldremos para allá. ¡Dios nos proteja!

VIII

Méndez corrió hacia la enfermería del monasterio. Lacroix-Dupuy le lanzó una mirada rencorosa. A su lado estaba un fraile de mala catadura.

Con sorpresa suya no pronunció Lacroix ninguna palabra que pudiera traducirse por insulto. El frai-



Por más que hicieron Heredia y Sanjuán, no pudieron contener á los fugitivos.

le se retiró. Entonces cambió la fisonomía del herido.

—Dentro de quince días cuento poder mataros,—le dijo.—Ya veis como aun estaremos en Madrid.

—Todavía no es vuestro: por lo demás, celebro que os vayáis curando.

—Sí, voy perfectamente. ¿Tenéis decidido dónde hayamos de encontrarnos?

—Si no os interesa lo contrario, en Madrid. Pienso no moverme de allí aunque entréis vosotros, y os buscaré.

—Pues en Madrid. Allí habréis de morir á mis manos.

Al dejar Méndez la habitación, vió por una ventana que el fraile estaba en un patio cuchicheando misteriosamente con varios sargentos, haciendo ademanes de cólera y despecho y gestos furibundos y amenazadores, como si hablara de fusilar ó ahorcar á alguien.

Aquel fraile no pertenecía á la regla del Escorial: era un franciscano tosco, de siniestra mirada, corpulento, de repulsivo rostro.

A Méndez le dejó muy preocupado aquello y fué á avisárselo á Sanjuán, que no creyó deber tomar ninguna precaución contra un siervo del Señor.

IX

La columna se puso en marcha hacia Madrid.

Iba Heredia á la vanguardia, á retaguardia la artillería y Sanjuán mandaba el centro.

La tarde era tranquila y apacible y la tropa caminaba sin chistar. Los artilleros, empero, parecían animados de siniestros designios.

De pronto se levantó gran rumor en la retaguardia.

—¡Madrid se ha entregado! ¡Van á coparnos! ¡Estamos vendidos!—gritaron cien voces amenazadoras.

Esto era falso enteramente, y aunque no lo hubiese sido no debía haberse comenzado á saber por la retaguardia. Madrid no se rindió hasta el día 4 y aquella era la tarde del 3.

El fraile franciscano que en el Escorial se había unido á la columna, desapareció en aquel momento.

Empezó entonces una dispersión indescriptible.

A la voz de que la villa se había entregado y de que los franceses venían contra la columna, abandonaron los artilleros sus cañones y los carreros sus bagajes.

Por más que hicieron Heredia y Sanjuán, no pudieron contener á los fugitivos.

Aquel ejército desmoralizado estaba hecho ya á las dispersiones y no pensaba más que en huir al menor contratiempo: había huído en Lerín, en Gamonal, en Sepúlveda y en Somosierra.

El vizconde de Gante y Méndez no quisieron abandonar á Sanjuán y debieron contemplar en la amargura de su aislamiento las débiles tapias de Madrid, á cuya vista pasaron al anochecer.

Marchaban los abandonados generales camino de Talavera, cuando toparon con un cuerpo de tropas que seguían la misma ruta.

Había cerrado la noche y era densísima la oscuridad.

—¿Quién vive?—gritó una voz.

—Son los nuestros,—exclamó Sanjuán.—¡España!—repuso lleno de alegría.

Detúvose la columna y se adelantó un jefe á caballo.

—¿Quién va?—preguntó Méndez.

—Su general de V., mi querido ayudante,—respondió el marqués de Castelar.—No queriendo presenciar la entrega de Madrid, he podido evadirme sacando estas compañías. Flaco servicio nos ha prestado Morla. Ya sabrá V. que se ha pasado á los franceses.

—¡Miserable traidor!—replicó Sanjuán.

—¡Vos aquí, mi general!—exclamó Castelar.—¿Y vuestras tropas?

—Dispersadas cuando venía en vuestro socorro. Algún espía introducido en nuestras filas ha sembrado el pánico entre los soldados, haciendo que huyesen despavoridos.

—Todo se vuelve en su favor y en contra nuestra,—contestó Castelar.—Hoy mismo el emperador se ha librado de una muerte segura. Cuando estaba en la Fuente Castellana dirigiendo el ataque del Retiro, la batería gobernada por el capitán Vasallo ha cubierto de balas el terreno que pisaba el caco imperial, que ha juzgado prudente largarse de allí diciendo que «estaba demasiado cerca.» El susto de Bonaparte no ha sido flojo, os lo aseguro.

—¿Creéis que hubiéramos podido hacer algo á haber llegado esta noche?

—¡Imposible! Si el duque del Infantado hubiese podido verse á tiempo con Castaños y La Peña, y hubiese acudido el ejército del Centro, y luego el vuestro, tal vez hubiéramos podido prolongar la defensa de la villa; pero á la hora que habéis pasado por delante, ya estaba Madrid en poder del enemigo, pues son suyos el Retiro y las puertas de Alcalá y de Atocha: yo he podido escaparme por la de Segovia, aunque ya veis con qué escasa gente.

—¿Ha habido muchas bajas?

—Ellos han perdido á Labruyère, muerto: recordaréis que es el que atacó á Espinosa después de derrotado Puthod por los nuestros; Maison está herido; delante del cuartel de Guardias de Corps había más de doscientos cadáveres franceses. Nosotros hemos tenido algunas pérdidas, pero la mayor parte no han muerto en la acción, sino que han sido pasados por las armas después de hechos prisioneros.

—Es lo que hace siempre el gran Bonaparte: no conozco fiera tan sanguinaria como ese hombre. Por lo demás, bien habéis hecho, marqués, en huir de la severidad con que el usurpador trata á los que se permiten resistirle.

—No he huído de su severidad, mi general,—repuso Castelar;—he huído de su clemencia.

—¡Ah! ¡Venga un abrazo por esas nobles palabras, mi buen amigo!—contestó Sanjuán.

Los dos honrados patriotas se estrecharon con la efusión del más ardiente aprecio.

—Si os parece organizaremos en Talavera las fuerzas que podamos recoger y buscaremos una po-

sición. Ya decidiremos luego si convendrá más fortificarnos en Despeñaperros ó atacar á Madrid para recobrarlo.

—Estoy á vuestras órdenes, mi general; y en cuanto á V., Méndez, espero que querrá volver á mi lado.

—Á mucha honra, señor marqués de Castelar,— contestó el comandante.

Los generales llegaron á Talavera.

X

Napoleón se había apoderado esta vez á viva fuerza de la capital de España.

Las balas del capitán Vasallo, que habían estado á punto de cortar el hilo ó cordel de su interesante vida, le habían dejado, sin embargo, una impresión harto desagradable.

Lo que para el artillero de Tolón había sido motivo de *hacer una frase,* para el emperador de los franceses era una broma pesada.

Así es que Bonaparte estaba de muy mal humor.

Morir en alguno de aquellos combates de retumbante nombre, en alguna de aquellas batallas de Austerlitz ó de Elchingen ó de Friedland, que consistían en ataques contra manadas de maniquíes que sólo obedecían á la voz reglamentaria de sus archiduques y generales palatinos, era más *pschutt,* como diría un francés de ahora, que no dejar el pellejo ante las tapias de una corte sin rey, en una guerra contra la *canalla.* contra *insurgentes,* contra *bríganles,* etc. Figuraos por un momento á César muerto en una escaramuza contra los egipcios: esto hubiera sido *shoking.*

Bonaparte quería hacer pagar caro á España el intento del capitán Vasallo. La nación entera iba á responder de la arrogancia de aquella batería colocada en la escuela de veterinaria. ¿No era tanta audacia un verdadero crimen de lesa majestad?

Como si le hubiera entrado cierta apresión, procuró que los madrileños cesasen en la defensa á fuerza de feroces intimaciones, logrando por fin que se suspendiese el fuego. La Junta se mostró dividida al tratar de capitular: unos querían prolongar la resistencia, y esto hubiera sido lo digno; otros votaron la entrega inmediata. Hubo mayoría de votos, y Madrid se entregó.

Madrid se entregó, no por falta de bríos, sino por la flaqueza de los que decidieron la rendición. Quien fué digno, como Castelar, no quiso pasar por tal afrenta y procuró evadirse.

El traidor fué Morla, que poco después servía á Pepe Botellas en un alto cargo.

¡Oh raza espúrea!

CAPÍTULO IV

Monjas y recoletos

I

El emperador Napoleón Bonaparte tuvo la dignación de fijar su soldadesca corte en la casa de campo que el duque del Infantado poseía en Chamartín.

Iba rodeado de los mariscales Berthier, Victor y Bessières y de los generales Villatte, Millaud, Lassalle y *tutti quanti*, formando un numeroso séquito.

D. José Botellas no se atrevía á parecer ante su señor hermano hasta que éste se lo mandase. Por último, no pudiendo aguantar más, se vino desde Burgos á Chamartín; pero el emperador le echó á cajas destempladas, tras de lo cual fué á esconderse en la Moncloa, sitio de los enterramientos del 3 de Mayo, y de allí al Pardo.

El emperador manifestó modestamente que él no era en España más que un general de operaciones, pero se apresuró á lanzar *ukases* tales que no los firmara más atroces el autócrata de todas las Rusias.

El día 4 suscribía una capitulación bastante honrosa para los defensores de la capital de España, al objeto de que se le entregara la villa, y á las pocas horas, conseguida apenas la rendición, faltaba ya Bonaparte á lo capitulado. Así vino á dar la razón á los dignos individuos de la Junta que se habían opuesto á la entrega. Harto conocían éstos lo que había que fiar en la palabra del hombre de Brumario.

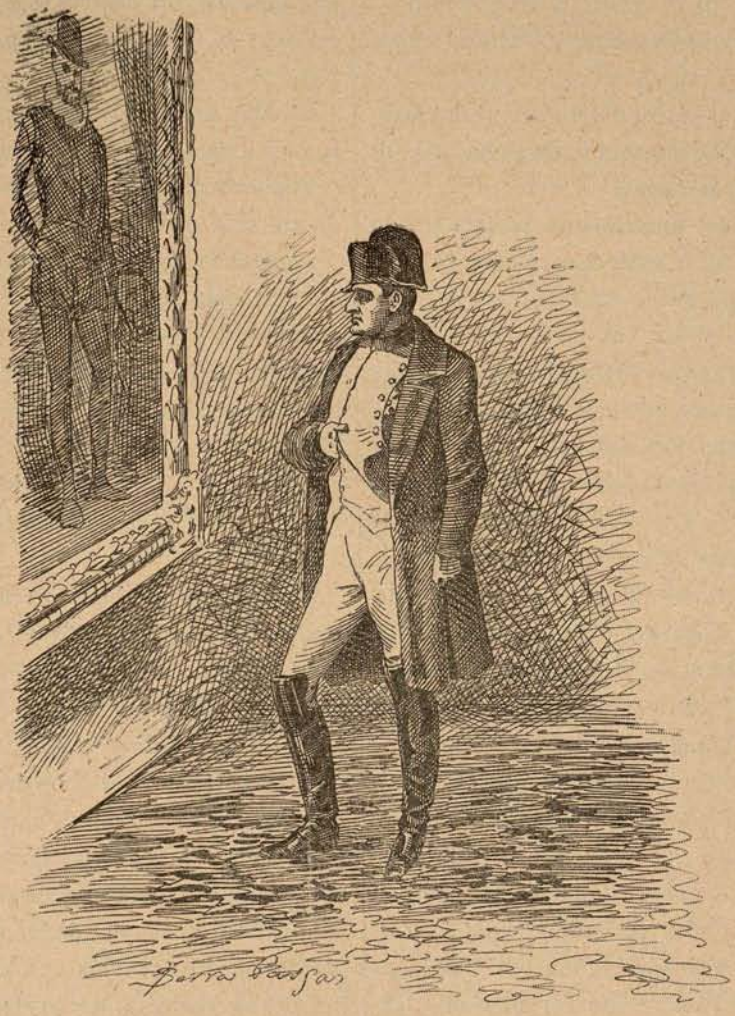
Mostrándose ya sin rebozo como amo y señor de España, mandó desarmar á los vecinos, destituyó el Consejo de Castilla, quedando los consejeros detenidos en calidad de rehenes, y cogió y mandó llevar á Francia á varios magistrados y nobles. Mezcladas con estas disposiciones, dictó otras para ganarse el favor de los tibios ó la benevolencia de los liberales. Ordenó que las tropas se alojasen en parte en los conventos y que éstos las mantuviesen á sus expensas, y decretó la supresión de aduanas en el interior de la Península, dejándolas tan sólo en la raya de Francia; abolió la Inquisición, derogó los censos enfitéuticos; dictó medidas para reducir á una tercera parte el número de conventos, prohibió que una misma persona pudiese obtener dos empleos, y, finalmente, hizo que la nación tocase algunas ventajas del nuevo régimen.

Respecto á la restauración de su hermano, convino con el corregidor de Madrid (con aquel mismo corregidor que había hecho quemar por el verdugo la carta de los ministros de José invitándole á una avenencia), convino, decimos, en que le pediría que volviese al rey intruso al palacio de Oriente. Así lo hizo humildemente el tal funcionario, contestando el emperador que si creía dignos de tal honor á los

españoles lo haría como pedían, pero que si le parecía de otro modo, usaría del derecho de conquista y que probablemente desmembraría la península, idea que le sugería sin cesar el jurisconsulto Cambaceres.

II

Napoleón seguía en Chamartín y José en el Pardo. Hasta entonces Bonaparte no había querido



... quedó profundamente abstraído en su contemplación.

entrar en Madrid. Si era prudencia ó cálculo, no podemos decirlo.

Sin embargo, una mañana sorprendió á sus cortesanos dando orden de enganchar para visitar el Real Palacio.

Gustóle á Napoleón la traza del edificio, fijóse algo en las pinturas que adornaban las habitaciones y por último preguntó por algún retrato de Felipe II (1).

Dirigiéronle ante la obra magnífica que inmortalizó el nombre de Pantoja, y quedó profundamente abstraído en su contemplación.

¿Qué se decían aquellos dos déspotas?

¿Le contaba el demonio del mediodía al ogro de Córcega lo que era un pueblo que pelea por su independencia? ¿Le contaba las desastrosas campañas de Flandes? ¿Le contaba lo que es la ambición insensata, el absolutismo sin freno?

¿Pedíale inspiración el opresor de Europa al tirano del siglo XVI para que le infundiese aquel implacable corazón con que él mandaba quemar á los herejes y degollar á los rebeldes?

(1) Histórico.

¿Se referían mutuamente lo que son los guerras de *mendigos* y las campañas de *insurgentes*?

¿Revelábanse el uno al otro los secretos de sus turbadas conciencias, horrorizados de sus crímenes, espantados de su obra, impenitentes en su satánica soberbia?

¡Extraña escena la de Napoleón y Felipe II frente á frente!

Parecía reflejarse el rostro del uno en el del otro; caras, las de ambos, de sombría y feroz impasibilidad, ceñudas, reconcentradas.

La negra imagen del escurialense tenía algo de la dureza napoleónica; la antipática figura del corso parecía tener algo de la taciturnidad del rey austriaco.

El afán de la dominación devoraba sus ánimos: habían llegado uno y otro hasta perder la noción de lo que es humanidad: endiosados ambos, teníanse por superiores á todos los demás mortales, que despreciaban.

¡Ah! ¡No eran sueños de gloria los que acudían á vuestra mente; no os inquietaba el noble anhelo de engrandecer vuestro nombre! ¡Os devoraba la sed de sangre, la concupiscencia del despotismo, la necesidad de la tiranía! ¡No habéis sido jamás héroes sino verdugos de la humanidad!

¡Bien os debisteis comprender cuando os mirabais! El fondo de vuestra alma era idéntico: en lo más profundo de la conciencia debíais sentir agitarse uno y otro toda la corrupción que engendra el despotismo en un espíritu turbado. Semejante al pestífero lecho de encharcada laguna, así también en lo más íntimo de vuestro ser retorceríanse las aberraciones monstruosas: allí el parricidio, allí el incesto, allí el brutal deseo sin objeto, allí el desorden, el delirante erotismo, la confusión y la tristeza...

III

Napoleón estuvo contemplando largo tiempo á Felipe II. Por último se arrancó de allí y se retiró dirigiéndole una postrera mirada.

Los mariscales, que no estaban muy fuertes en historia, no comprendían qué objeto había podido proponerse el emperador al quedarse plantado más de media hora delante de un retrato representando á un personaje vestido de negro, de raquítica figura, coronado por un sombrerillo como el de los *mignons* de Enrique III.

Pero Napoleón había ya sacado su provecho del cuadro: pensando en Felipe II hubo de recordar la enemiga que aquél les tenía á los ingleses. Por eso sin duda oyeron los mariscales cómo su amo murmuraba entre dientes estas palabras:—*Yo sí que los venceré.*

El odio que los dos déspotas profesaban á Inglaterra les unía en un sentimiento común.

Decididamente había entre ambos muchos puntos de contacto.

Bonaparte bajó lentamente las escaleras del palacio de Oriente y regresó á Chamartín antes de las nueve.

Nadie había tenido noticia en Madrid de aquella imperial visita hecha en una cruda madrugada de diciembre.

IV

Los franceses habían, pues, ocupado de nuevo á Madrid, quedando nombrado gobernador de la plaza el general Beliard, que había desempeñado ya anteriormente este cargo.

Prestaban el servicio de guarnición, ó, por mejor decir, formaban el ejército de ocupación, la división Lapisse y la abigarrada guardia imperial, compuesta de gentes de todas naciones, pero especialmente de polacos, italianos y bávaros.

Los franceses hospedados en los conventos eran perfectamente tratados por los frailes. Los invasores, por su parte, no les habían dado ningún motivo de queja, y hasta se habían entablado algunas amistades entre alojados y frailes.

El clero no podía olvidar que Napoleón había restablecido el culto católico, y, además, los curas le estaban agradecidos de que hubiese concedido tanta importancia á la religión, como demostraba la orden dada para que los vecinos de Madrid jurasen sobre los Santos Evangelios fidelidad cordial á Pepe Botellas, y de que hubiese encargado al clero que procurase hacer propaganda en tal sentido y promoviese adhesiones á la nueva monarquía.

Algo les había lastimado al principio la orden de reducir á una tercera parte el número de conventos, pero ya se convencieron después de que esto era una simple dedada de miel á los jacobinos es-

pañoles, que no se dejaron engañar, sin embargo.

Ello es que cierto padre Fr. Anacleto de la Transubstanciación y cierto joven conde de Latour-Duchesne habian llegado á ser íntimos amigos, y que las bóvedas del colegio de Recoletos eran testigos de las largas conferencias entre el franciscano y el capitán de cazadores de á caballo.

V

Fr. Anacleto desempeñaba el cargo de confesor de un famoso convento de monjas franciscanas.

Era el buen padre hombre de unos treinta y cinco años, de una ignorancia ultrasupina, indiferente á los cambios políticos, pero dotado tal vez de más corazón del que conviniera á su estado; hermoso indudablemente, si bien no con la belleza mística de los frailes de Zurbarán, sino con la hermosura pagana de los frailes italianos. Sus ojos y su barba negros como la endrina, correcta nariz, ovalado rostro y aristocráticas manos, habían causado quizás más de un trastorno por los alrededores de la calle del Barquillo, sin que hubiese llegado á su noticia.

Era hijo de una noble familia que no había cuidado de hacerle recibir instrucción alguna. Destinado al claustro desde que nació, rotos cuidadosamente todos los resortes que pudieran ocasionar resistencias á la voluntad paterna, y suficientemente ignorante para saber leer apenas, cultivados y estimulados sus instintos de devoción y atrofiada su voluntad, encontróse Fr. Anacleto en el claustro como el pez en el agua.

Resultado de todo fué que pudiese llegar á los treinta y cinco años con el corazón virgen y el cerebro cual *tabula rasa*.

Era, sin embargo, bueno, piadoso, despejado, y alguna vez hasta había revelado poderosas dotes de elocuencia.

VI

Dura era la regla que observaban los monjes de aquella casa. La orden regular de los frailes *menores* debía su institución al celestial San Francisco de Asís, por cuya razón eran llamados *franciscanos*. Fundóla el dulce autor de los *Fioretti*, inspirado en las palabras del Señor á los Apóstoles: «No llevéis oro ni plata, ni dinero en la bolsa, ni alforja, ni dos vestidos, ni calzado.»

En España había muchos conventos de franciscanos, á quienes se conocía con el nombre de descalzos, tomando después el de reformados ó *recoletos*. Estos se obligaban á vivir más recogidos y seguir la regla de San Francisco más á la letra que los demás. A los tres votos solemnes de castidad, pobreza y obediencia, llamados votos regulares, añadían el de no pretender dignidad alguna fuera de la orden. Cuidaban, además, de educar á los novicios, enseñar las ciencias eclesiásticas, el cultivo de las tareas apostólicas y los ejercicios de la vida del yermo.

En el convento se seguían dos prácticas particulares: la oración continua y la penitencia circular. Consistía la primera en haber siempre un fraile que estuviese en oración, relevándose por turnos, y la otra en que todos los días un recoleto, á lo menos, llevase cilicio, otro se diese de disciplinas, etc., por cuyas mortificaciones debían pasar sucesivamente.

Los recoletos eran los que mayor celo demostraban por la pobreza y los que con mayor eficacia conseguían reunir á la perfección de la vida monástica las virtudes de la vida clerical. Austeros en el vivir y en el vestir, entregados á la oración, al estudio y al ejercicio de la caridad, solían descuidar el trabajo manual, la soledad y el silencio, para no perder la ocasión de hacer buenas obras y enseñar.

VII

Si Fr. Anacleto era un santo varón, en cambio el conde Mauricio-Luis-Florestán de Latour-Duchesne era un Tenorio internacional. Había desde el primer momento experimentado viva simpatía por el hermoso recoleto, y á medida que le fué tratando quedó asombrado de la profunda inocencia en que vivía respecto á las cosas del mundo. Era el capitán de gentil y gallarda figura, viva fisonomía y no mal corazón. Contaba con la inapreciable ventaja de ser rico, de tener elevadas protecciones y de no pasar de los treinta años, que por aquellos tiempos no era todavía una edad de tristes desengaños, como sucedió después.

Eran, pues, muy amigos. Admirábanse el uno del otro, y concluían por reirse de las diferencias que les separaban, siendo el uno hombre de guerra y el otro pobre religioso.

Fr. Anacleto no sabía una palabra de teología, ni de hermenéutica, ni de cánones, ni de historia sagrada, ni sobre todo de mesiología, ese difícil arte de confesar, que era, con todo, el que él estaba ejerciendo. Sin embargo, como las confesiones que recibía eran todas acerca de escrúpulos de monja, salía siempre bien del paso, y no había tenido hasta entonces que calentarse la cabeza para resolver ningún peliagudo caso de conciencia.

Un día fué Fr. Anacleto, como de costumbre, á ejercer su santo ministerio.

Era poco antes de Navidad. El cielo estaba más azul que nunca, diáfana la atmósfera, tibio el sol, alegre todo. Veíanse las cosas como al través de un límpido cristal. Era, en fin, uno de aquellos esplendorosos días de invierno que sólo se encuentran en España, y particularmente en Madrid.

Fr. Anacleto entró en el convento y pasó por el claustro, consistente en un gran patio cuadrado, solitario, rodeado de columnas de piedra berroqueña que sostenían graciosas arcadas. Lucía alegremente en los techos el rojo pálido de las tejas. El sol repetía en las paredes del claustro y en el suelo las elegantes curvas de los arcos y de la esbelta columnata. En el centro, entre cuatro cipreses y rodeado de macetas, manaba un surtidor, zumbando con sonoro y encantador murmullo.

Fr. Anacleto no sabía griego, pero sin saberlo parecía que le venían á las mientes aquellas palabras de Teócrito: «Los cipreses se cuentan parloteando su himeneo...»

Ello es que sintió un estremecimiento que nunca había experimentado.

Susurraban los árboles cual si cantasen oreados por el céfiro, y en medio de ellos el agua del surtidor caía en el pilón con tanta cadencia como si cada gota se convirtiera en argentina nota musical. La pirámide negruzca de los cipreses destacábase limpiamente en la luz, cortando el claro azul de los cielos.

El patio, plantado de violetas y de hortalizas, parecía una alfombra de verde terciopelo, matizado de suaves colores, y desprendíanse de él aromas perfumados.

En aquel momento pasaron por su lado dos novicias con sus hábitos blancos y pardos, y se le acercaron, besándole la mano.

Fr. Anacleto sintió que se le anudaba la garganta, que una nube le oscurecía la vista y le daba vueltas la cabeza, y vacilante y pálido entró en la iglesia.

Las dos novicias fueron á sentarse en un banco cerca del surtidor.

Eran dos acabadas bellezas: llamábanse Rosario Albenza y Carmen Mendoza.

VIII

Las dos jóvenes no habían perdido nada de su hermosura: únicamente la vida del claustro había impreso ya en su rostro esa palidez y blancura trasparentes, propias del convento; sus ojos no tenían la misma expresión que antes y aparecían rodeados de un casi imperceptible cerco morado, y como entornados; habían enflaquecido algo sus semblantes; cualquiera conocía que por aquellas mejillas corrían frecuentes lágrimas. No parecían dos novicias, sino dos bellas santas de algún cuadro de Guido Reni.

—¡Cuánto sufres y cuánto padezco, Carmen mía! —exclamó Rosario.—Nada he vuelto á saber desde la fatal batalla en que cayó Ricardo. ¡Quién sabe qué habrá sido de él! No me he atrevido á preguntar cosa alguna hasta ahora, pero no puedo pasar más tiempo sin salir de este angustioso estado. ¡Guerra cruel!

—Comprendo tu pena, hermana mía,—respondió Carmen,—porque es la misma que yo experimento. Confío, sin embargo, en que pronto han de llegarnos lisonjeras noticias. Cuando mi padre estuvo á verme el otro día, no quise irme con él para no dejarte sola; pero ya verás cuán pronto podremos las dos ver realizados nuestros deseos de estrechar la mano á los que tanto nos aman.

—Así te oyese el cielo.

—No dudes de la verdad de mi presentimiento. Espinosa es fuerte, debe estar seguro donde se halle y quizás ya del todo restablecido. No es Miranda menos audaz: no sé dónde habrá ido, pues las últimas noticias suyas eran de París; pero de fijo que un día será bastante arrojado para penetrar, no digo en Madrid, sino en este mismo recinto. ¡Qué gloria sería para ti que tu amado pudiese ser principal parte en el triunfo de nuestra patria contra el pérfido francés, y qué dicha la mía si Miranda consiguiese realizar sus planes de libertad! Inquieta y dolorida estoy por el pesar de no verle, pero tranquila

respecto á su existencia. No hemos de ser nosotras frívolas y tímidas damiselas. ¡Oh! No: los hombres que nos aman han de encontrar en ambas la misma fortaleza de que están ellos poseídos. No seamos menos animosas que los héroes que nos adoran.

—¿Quién podrá decir que no lo seamos? Hartos peligros he pasado para tenerme por fuerte y recia de cuerpo y alma, lo mismo que tú; pero el saber que Espinosa quedó mal herido en la batalla, y la mala suerte que ha perseguido á nuestras tropas después de Bailén, me hacen creer á veces que no haya caído prisionero; porque, entonces, ¡ay de él y ay de mí! entonces era segura su muerte. Sé que existe un terrible enemigo suyo, resuelto á vengar las muertes de Dupuy y otras que acaecieron allá en las islas del Norte.

—Para hacer cara á ese contrario, hartos amigos tiene Espinosa que pueden dar, en breve, cuenta de él.

—Me horrorizaría ver que se derramase más sangre.

—Cuando se obra en defensa propia, ¿qué más remedio? ¿Qué otro recurso que aplastar la venenosa víbora que quiere clavar en nosotros su mortífero diente?

—¡Oh! ¡Calla!

—Callo, sí, mi buena Rosario, porque te veo tan afligida; pero te ruego que tengas confianza y dejes hacer al tiempo. Si estuvieras en mi caso, si hubieses visto puesto precio á tu honor como se puso al mío, habría en tu corazón, además de amor, coraje. Tú no te ves, como yo, reducida á cifrar todo tu afecto en tu amante; tú no has tenido padres dispuestos á hacerte juguete de un poderoso, como me pasó á mí. Por eso quiero infinitamente á Miranda, porque no he tenido otra salida para mis afecciones; y por eso jamás me opondré á que lleve á cabo todos sus designios, aunque debiese derramar la sangre á torrentes exterminando á sus enemigos.

—¡Oh! ¡No digas eso! ¡No puedes querer tú á tu amante más de lo que yo quiero al mío! Por él me mataría yo mil veces y mataría á cuantos me mandase; y mira, mira si le quiero, que le mataría á él si él no me quisiese. ¡Oh! ¿Qué sé yo lo que haría entonces? No sé si estoy loca, no sé si mi razón se extravía á veces; pero en las últimas cartas que de él recibí dominaba una tristeza que no sé á qué

—Loca estás realmente: ¿irías á dudar ahora del que tantas pruebas de amor te ha dado?

—No, no... ¡Ah! No quería decir eso; pero una separación tan larga me pone cavilosa, me hace ver visiones, me atormenta demasiado, para que yo no sufra y me sienta trastornada en todo mi ser.

Las campanas del convento señalaron que iban á empezar los divinos oficios y las dos amigas se dirigieron al coro.

Entretanto Fr. Anacleto se había metido en el confesionario, mostrándose tan distraído y absorto que dejó de prestar atención á las espantables revelaciones de la madre portera, que le contaba cómo un capitán de dragones la había sobornado para que con el objeto de cumplir un importante voto le franquease la entrada aquella noche. Era el día 20 de diciembre: cumplía un mes que se había dado la batalla de Somosierra.

Fr. Anacleto, que no oía ni entendía nada, exclamó, como tenía por costumbre decir siempre, que no había pecado en ello, creyendo se trataba también de algún escrúpulo de monja.

IX

Singular ocurrencia fué la del recoleto al contarle al capitán Latour cómo aquella mañana había notado en el convento dos novicias tan hermosas que era lástima que se perdiesen sus hechizos entre las paredes de un monasterio. Díjole que había una, sobre todo, alta, esbelta, trigueña, de recta y pequeña nariz, menuda boca, estrecha frente, negros ojazos algo entornados y dulce voz que parecía una Santa Casilda, no siendo menos hermosa su rubia compañera.

Mucho efecto debió de causar en el capitán de cazadores la descripción del recoleto cuando se mostró envidioso de su suerte por poder contemplar tales bellezas.

Nada más dijo el conde Mauricio, por entonces; pero al caer de la tarde, yendo de paseo con el fraile, hubo de conducirle, sin duda distraídamente, en dirección al convento.

—¿Conque no puede entrar ahí dentro ningún mortal sin hábitos?—preguntó Latour.

—Absolutamente nadie.

—¿Y vos podéis hacerlo á todas horas?

—¿Aunque no se os llame?

—¡Cuántas veces se me ha ocurrido ir á altas horas de la noche para enmendar una penitencia que después de impuesta me ha parecido excesiva!

—¡Bonito privilegio!

Callaron ambos.

—¿A qué hora van las monjas al coro por la noche?

—A las doce.

—¡Con ese frío!

—¡Pues! ¡Y el que sienten al pasar por las galerías que dan al claustro! Pero no hay más remedio: esta es la regla.

Acabaron el paseo, y el capitán se mostró tan pensativo como triste Fr. Anacleto.

CAPÍTULO V

Frailes, monjas y dragones

I

A las diez de la noche estaba recogida toda la comunidad. El regimiento yacía también entregado al sueño, instalados los caballos en los claustros y los soldados en los corredores, convertidos en dormitorios.

El capitán Latour habia hecho compañía al recoleto hasta que éste quedó dormido.

Cuando Fr. Anacleto hubo dejado de moverse en su humilde lecho, pues había estado muy agitado, el capitán recogió los toscos hábitos del recoleto y se retiró, dejando á oscuras la celda.

Echó rápidamente sobre su brillante uniforme el pardo sayal y salió del convento.

Todo yacía envuelto en la mayor oscuridad,

Con paso presuroso dirigióse al monasterio de las franciscanas y llamó.

La tornera, al oir que el inesperado visitante decía ser Fr. [illegible] ción de algún fraile condenado á vagar por aquellas solitarias galerías.

De pronto se detuvo por haber llegado hasta él un ahogado rumor.

Ocultóse en una capilla y esperó.

A la incierta luz de la lamparilla que iluminaba débilmente el altar, vió pasar por delante de sus ojos un hombre que llevaba en brazos á una monja, pugnando él por sujetarla y luchando ella con desesperación.

El miserable le tapaba la boca con una mano, y á duras penas podía dar un paso por la resistencia que le oponía la pobre salesa.

No cabia duda en que el hombre se llevaba violentamente á la mujer. El capitán estaba en el caso de defender aquella pobre criatura, porque de no hacerlo era consentir en una infamia; pero su posi-

¡Tomadme, llevadme con vos, haced de mí lo que os plazca! Vamos donde queráis: solo exijo que matéis al coronel Espinosa y que le busquéis hasta encontrarlo.

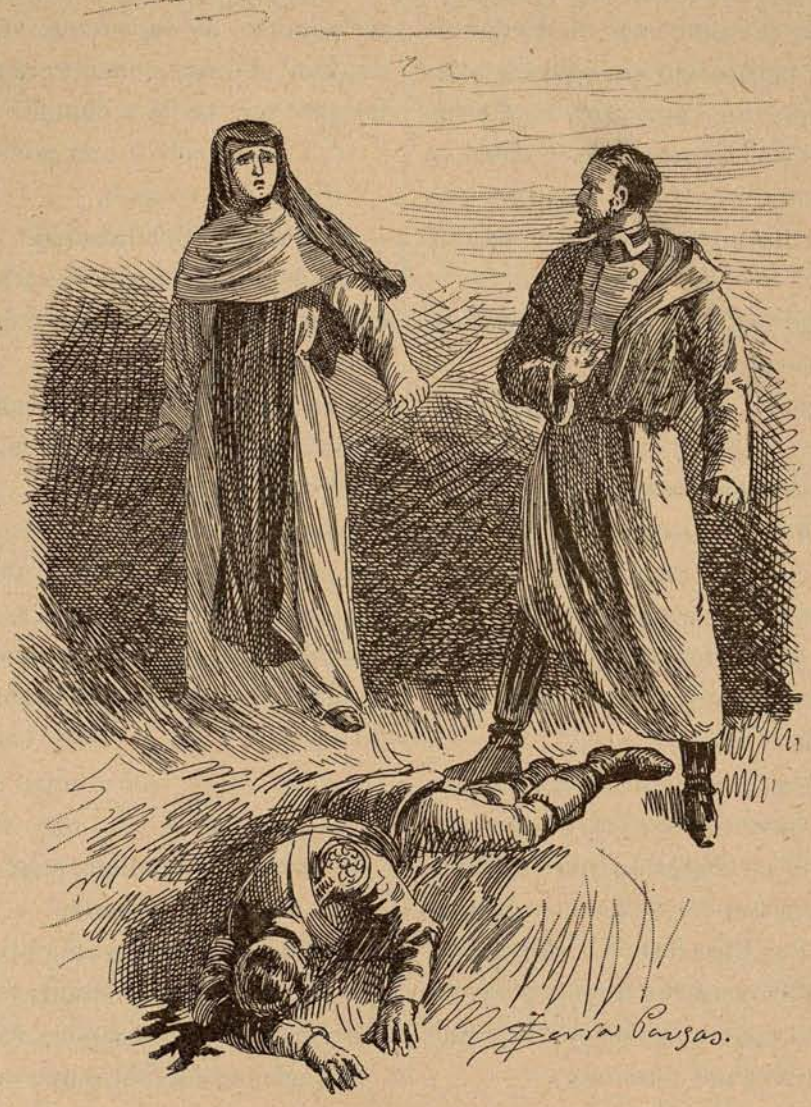
Turbóse el capitán, meditó un momento y exclamó:

—¡Calma! ¡Esperadme aquí!

En seguida volvió al convento, cruzó las galerías, llamó á la tornera, y, al abrirle ésta la puerta por donde había entrado, murmuró á su oído esta palabra:

—¡Silencio!

Dió la vuelta al monasterio y al reunirse con la



—¡Desdichada! ¡No soy un fraile! ¡Soy un oficial del emperador...!

novicia recogió el puñal del suelo, se despojó del sayal, llevándolo colgado del brazo, y emprendieron ambos la marcha por calles y plazas desiertas á la sazón.

—No podéis ir con semejante traje ni permanecer en Madrid más tiempo del indispensable para hacer los preparativos de marcha,—dijo el capitán.—Aquí cerca vive un amigo mío de toda confianza, y en su casa podréis refugiaros. Al amanecer volveré á buscaros con cuanto habéis de menester. Confiad en mí. ¿Sabré cómo tengo que llamaros?

—Rosario Albenza.

—Gracias, señorita. Jamás se apartará de mi memoria vuestro nombre, ni vuestra imagen de mi corazón.

El capitán dejó á Rosario en un modesto cuarto de la calle de la Greda, entonces deshabitado.

Púsose otra vez el sayal el militar, salió á la calle, y al poco rato penetraba en el convento de Recoletos.

Dirigióse á la celda de Fr. Anacleto y dejó allí los hábitos del pobre fraile, que nada notó.

En seguida fué en busca de vestidos y ropas de

mujer á casa de una amiga francesa, y, acompañado de su asistente, se encaminó á donde le aguardaba Rosario.

IV

Fr. Anacleto se dirigió, al amanecer, como de costumbre, al convento de las franciscanas. Llamóle la atención ver rodeado el edificio por un cordón de dragones de Milhaud; pero como en aquellos días eran cosa corriente semejantes aparatos, no dió importancia á aquel lujo de precauciones y entró en el monasterio.

Al verle, la tornera dió un paso atrás y exhaló un grito de terror.

—¿Qué ocurre?—dijo el fraile.—¿Á que vienen esos soldados á rodear este santo asilo?

Nada contestó la tornera, que cayó en tierra sollozando.

—¡Lloráis!—repuso el pobre recoleto.—Pero ¿qué tenéis? ¡Decidlo, por Dios! ¿Qué ocurre?

La tornera seguía exhalando amargos gemidos.

—Vamos, madre Consuelo, serenaos; y si en algo puedo mitigar vuestra pena, decídmelo sin rebozo.

Entonces la tornera le miró fijamente, y con los ojos extraviados exclamó:

—¡Me preguntáis qué ocurre, y aun están húmedas las manchas de sangre de vuestro sayal! ¡Sabiendo, por lo que os revelé ayer en confesión, que iba á venir el desdichado capitán francés, le habéis asesinado después de robar á Sor Rosario! ¡Ah! No temáis por eso: guardaré silencio como me habéis prevenido al marcharos; pero el cielo no ha de permitir que quede sin castigo este horrendo asesinato.

El infeliz recoleto creyó volverse loco, miróse el sayal y estaba efectivamente lleno de sangre.

—¿Quién habrá sido el ladrón miserable que se ha atrevido á robarme y cubrirse con mi vestidura para dar muerte á un semejante?—prorrumpió el infeliz. —¡Ensangrentado por un crimen este sayal, que era tan inmaculado como el pensamiento de una virgen! ¡Ay, triste de mí! ¡Ay, infeliz, desventurado!

Amarguísimo llanto corrió por las mejillas del desdichado monje.

—¿Decís que han asesinado á un capitán francés? —repuso como si saliera de una pesadilla.

La tornera contestó débilmente.

—Sí: tiene el corazón atravesado de una puñalada.

—Y ¿cómo ha podido entrar?

—Ayer os dije en confesión que le había entregado la llave del huerto, y me respondisteis que no era pecado. Cuando esta noche habéis venido...

—¡Yo no he venido!

—Pues al creer que erais vos el que ha dado vuestro nombre, me figuré que veníais á impedir que el capitán pudiera cometer algún sacrilegio, aunque me juró que venía á cumplir un voto.

—¿Y ha robado á una novicia?

—Sí: á Sor Rosario.

—¿Quién es Sor Rosario?

—Aquella joven morena y hermosa que yendo con otra os besó ayer la mano cuando atravesabais por el claustro.

El fraile sintió que el corazón le daba un vuelco, y sin que él lo quisiera se escapó de sus labios terrible imprecación.

Quedó un momento sin poder articular una palabra, y, al fin, con voz ronca y espantoso gesto exclamó:

—¡Si es él, le he de arrancar las entrañas y he de hacer de ella mi manceba!

V

Iba á salir el recoleto, cuando la tornera le agarró por el hábito exclamando:

—¿No veis que os van á prender al punto si notan que vais cubierto de sangre?

Fr. Anacleto se detuvo y exclamó:

—Razón tenéis. No conviene que me maten ahora, aunque me estorba la vida. Pero ¿cómo encontrar otro hábito aquí?

—Uno hay, que es el que usaba el P. Cipriano, y se conserva como reliquia de un varón que murió en olor de santidad.

—Venga al punto.

Fr. Anacleto se puso el tosco vestido del P. Cipriano, y la tornera guardó el de que se había despojado el atribulado recoleto.

—Silencio os digo yo ahora, y ¡vive Dios que os doy palabra y os juro por el Santo Sacramento que he de vengar al muerto tan bien y cumplidamente como él quisiera!

De las diligencias formadas por el tribunal mili-

tar que se constituyó allí á la madrugada, resultó que el capitán Carlos Eugenio Lacroix-Dupuy había muerto asesinado y que la novicia Sor Rosario Albenza había desaparecido.

Esto era todo lo que sabía la justicia á las diez de la mañana, hora en que Fr. Anacleto se retiraba del convento, con tan sombrío semblante, con tan fosca mirada, con tan verdosa palidez y extraviado gesto, que las beatas se apartaban de él cual si hubiesen visto pasar á un condenado.

VI

Mauricio de Latour encontró á Rosario con los ojos encendidos por el llanto, exaltado su espíritu y convulso su cuerpo por las terribles emociones de aquella noche.

Habíase trasfigurado el semblante de la hermosa granadina, apareciendo con toda la trágica expresión de un alma heroica combatida por la fatalidad. La sangre vertida por su mano, sólo había conseguido endurecer su mirada. La vida que había arrebatado al que había querido arrancarle su honor, parecía haberse incorporado á la suya, sintiéndose ahogada por la exuberancia de su fuerza física. Rugían en su pecho las serpientes de los celos y sentía en su corazón la herida del orgullo lastimado. Vestida de monja, aparecía su imagen como la de aquellas abadesas sacrílegas de que hablan las leyendas de la edad media.

El conde de Latour no se presentó como amante ni como íntimo: mostróse en todo cumplido caballero y hombre de mundo. Ella le trató de igual manera, manifestándose resignada en su desgracia y llena de dignidad en su situación, tan escabrosa y difícil.

Latour quedó en que por la noche saldrían ambos con dirección á Burgos, que la dejaría en París, y que antes de abandonarla para regresar á España sería su esposa si ella quería consentir en darle su mano.

—Sólo seré vuestra,—contestó la joven,—cuando hayáis hecho con Espinosa lo que yo he hecho con Lacroix. Mientras viva el que hizo traición á mi amor, podré ser vuestra amante, nunca vuestra mujer.

—Jamás habéis de ser mi amante, Rosario: seréis mi esposa si de tanto honor me juzgáis digno.

Porque el capitán estaba ya de veras enamorado, pero enamorado como un loco, perdidamente enamorado, viendo que sin Rosario le sería insoportable la vida.

VII

Al mediodía Fr. Anacleto entró en la celda en que se alojaba el capitán, en ocasión en que éste acababa de llegar.

Cerró con llave la puerta, y, poniendo á Latour una mano sobre el hombro y mirándole con airados ojos, exclamó:

—Si sois vos el asesino, confesad que estaré en mi derecho matándoos como á un miserable cobarde y pisoteándoos como á un impostor infame.

Latour se estremeció de coraje al oir aquellas palabras, tornóse lívido su semblante y exclamó:

—No soy asesino: á nadie he muerto.

—Mentís: mi sayal está cubierto de sangre.

—No os abofeteo por el mentís con que me habéis ultrajado porque ciño espada y vos vestís cogulla: por eso no os arranco la lengua; pero sabed que yo no miento.

—¿No mentís y negáis que habéis dado muerte al capitán Lacroix para robar á la novicia de quien os hablé imprudentemente ayer?

—Os repito que no miento: os doy mi palabra de honor de que no le he muerto yo.

—Y ¿no sabéis tampoco quién ha sido el infame que ha querido echar sobre mí la apariencia de criminal atreviéndose á vestir el honrado sayal que yo solo podía llevar?

Latour calló. Enfurecióse el fraile, y con terrible acento exclamó:

—¿No contestas? ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!

—¡Por piedad os ruego que me creáis! No he sido yo: soy inocente. ¡Os lo juro por este crucifijo ante el cual me veis postrado!

Cayó de rodillas el capitán ante la sacrosanta imagen del Redentor del mundo, y cogió las manos del fraile, estrechándolas cual si quisiera infiltrarle la verdad de lo que decía.

El fraile quedó asombrado, y con voz tranquila le preguntó:

—Entonces, si no sois vos el asesino, ¿por qué no decís quién es?

El capitán volvió á guardar silencio.

—Soy fraile y ejerzo el alto ministerio de la confesión. Confesaos, pues, conmigo. Ya sabéis cuán

sagrado es todo secreto revelado en el tribunal de la penitencia. Os escucha el ministro de Dios: no vuestro amigo, no vuestro hermano, no, tal vez, vuestro irreconciliable adversario.

El capitán cogió las manos del fraile, y, ocultando en ellas su cabeza, con voz sorda y cerrados los ojos, cual si quisiese sepultar un secreto en el fondo de un abismo, murmuró:

—¡Ella lo ha muerto!

Levantóse en seguida como si le hubiesen arran-

—Entonces, si no sois vos el asesino, ¿por qué no decís quién es?

cado de aquella postura suplicante, y, mirando al fraile, que estaba á punto de caer desfallecido, repuso con voz entera:

—Ya lo sabéis. Os va la vida en callar. Ahora, basta ya.

El capitán abrió la puerta y se precipitó fuera de la celda, dejando sin fuerzas ni aliento al pobre fraile.

VIII

Fuése corriendo en seguida á buscar los pasaportes, alegando asuntos de familia; pidiólos también para una señora que debía regresar á París y se fué á buscar á Rosario. Las calles estaban desiertas y era oscura la noche.

La joven estaba ensimismada pensando en el bien que había perdido y en el mal que había causado. Recibió con frialdad al francés y contestó lacónicamente á las preguntas que con respetuosa cortesía le tuvo que hacer el capitán.

—¿No dejáis en España padre ni madre?—le dijo el conde poco antes de partir.

—Sí: un hermano,—dijo,—en Cataluña; pero ya le enterarán otros de dónde estoy.

—Todo lo tendréis consintiendo que os adore,—exclamó apasionadamente el capitán.—Es tanto lo

que os amo que me atormenta el pensar que podáis querer ni aun á vuestro hermano.

—¿Sabéis cuántos amores hay en mi corazón?—repuso luego.—¿Creéis que yo amo ni la patria, ni la gloria, ni la libertad, ni la memoria de mis padres, ni mi vida? Sólo á vos os amo, sólo á vos adoro. Sin vos me es todo aborrecible: despreciable la existencia, humo la gloria, deleznable bagatela el honor. Seréis mía, pero mía solamente. Me decís que sólo consentiréis en ser mi esposa cuando haya muerto á vuestro amante. ¡Oh! ¡No repitáis esas palabras, porque siento en todo mi cuerpo como si millones de víboras ponzoñosas me punzasen y mordiesen al pensar que habéis dicho á otro lo que á mí no me habéis dicho: una palabra de amor! Cuando imagino que ha habido quien ha escuchado de esos labios frases de embriagador cariño, se me representa vuestro rostro iluminado por la pasión sentida por otro; cuando, cual si fuese aterradora imagen, me figuro las escenas de tierno amor que entre vos y él han mediado, siento agolparse la sangre á mi cabeza, crisparse mis manos, arrancarme de donde se hallan todos mis miembros, y anhelante y enloquecido quisiera arrojarme sobre el que ha podido deciros que le amabais, y hacerle trizas y reducirle á polvo y aplastarle, y aventar sus restos para que ni un átomo quedara de su aborrecido ser.

Dieron las siete en el Buen Suceso.

—Vamos,—exclamó el capitán.

Rosario, elegantemente vestida según la moda reinante en París, y envuelta en un abrigo de pieles, bajó tras de Latour.

Una silla de posta con las luces encendidas les esperaba. Subieron á ella, y al poco rato trasponían las cercas de Madrid.

Poco tiempo después un fraile del convento de Recoletos se mesaba los cabellos al saber que el capitán Latour había salido de Madrid acompañado de una hermosísima joven.

Había recibido un secreto de confesión y rugía en su pecho reconcentrada tempestad.

Al cabo de una hora se presentaba de improviso en el convento de Recoletos una escolta con orden de llevarse preso al desventurado confesor de las Salesas.

Nada dijo éste que pudiese dar á comprender que supiese de qué se le hablaba: sólo su semblante estaba horriblemente trasfigurado reflejando la tempestad que rugía en su corazón. Aquella alma pura y buena, encerrada en el claustro cual mariposa en estado de crisálida, acababa de sentir de pronto el deseo de volar, y apenas había experimentado tal anhelo cuando caía deshecha por el soplo de devastador huracán. Un momento amigo de otro hombre, joven y apuesto, habíase visto burlado por él, sin que por su parte pudiera vengarse de la traición cometida abusando de su sueño. Violentamente enamorado de una mujer que le habría quizás conducido al sacrilegio, arrebatado de su ardiente amor, veíala desaparecer en brazos de otro, mientras él quedaba en tierra, derribado y hecho trizas cual débil y delicada flor de estufa expuesta de repente al soplo devastador de los elementos desencadenados.

CAPÍTULO VI

El profesor de clavicordio

I

Méndez había seguido al marqués de Castelar en su retirada á Talavera, presenciando allí los horrorosos acontecimientos de que fué teatro aquella villa.

Insubordinadas las tropas del bizarro defensor de Somosierra, empezaron á entregarse á todo linaje de excesos contra los moradores, sin respetar ni las honras ni las propiedades. El ejército de Sanjuán se había convertido en una cuadrilla de facinerosos, deshonrando el uniforme que vestían y la causa que decían defender. Los habitantes abandonaban sobrecogidos sus hogares, y los infelices labradores veían devastados sus campos y saqueadas sus viviendas por la desenfrenada soldadesca.

El bravo general no podía consentir que de tal manera se entregasen al pillaje aquellos bandidos, hijos espúreos de la patria que en mal hora les había confiado su defensa, y resolvió restablecer la disciplina á toda costa. No menos resuelto á ello se encontraba el marqués de Castelar, que veía cómo esparcían el estrago y la desolación los cobardes soldados que habían huído de Somosierra.

Alojábase en un hermoso convento ocupado por los frailes agustinos, fábrica suntuosa y vasta. Toda la comunidad se manifestaba adicta ciegamente al general, que había encontrado en aquellos virtuosos monjes la más respetuosa acogida.

Era una noche de principios de diciembre, glacial y clara como suelen serlo las de aquel mes. Por más que habían tocado ya la retreta y que las cornetas habían dado la señal de silencio, no cesaba el clamoreo de los soldados por calles y plazas, entregados la mayor parte á estúpida embriaguez.

Fuéronse reuniendo en la plaza del convento numerosos grupos de aquellos desalmados, y al poco rato apareció un fraile gritando:—*¡Traición! ¡Muera el traidor Sanjuán! ¡Á la horca los traidores!*

Méndez se encontraba en la plaza, y, á la luz de las antorchas de que había llegado precedido el fraile, reconoció en él al que había encontrado en el Escorial, platicando con los sargentos, después de haber conferenciado con Lacroix-Dupuy. No cabía duda en que aquel miserable se había incorporado á la columna, siendo tal vez él quien había propagado la voz de que Madrid se había entregado cuando Heredia y Sanjuán se dirigían en socorro de la capital.

II

Corrió Méndez á avisar al general de lo que ocurría para que pudiese ponerse en salvo, llegando jadeando á la celda en que tenía su dormitorio.

—La tropa viene á daros muerte guiada por un

fraile traidor. Arrojaos por esa ventana antes de que lleguen,—exclamó el comandante.

—¿Huir yo, yo, hombre de honor, ante esa turba de viles y cobardes asesinos? Jamás.

—Vais á morir inútilmente: oíd, oíd cómo se acercan. Pensad en la patria, en los servicios que de vos espera. Escapaos: la ventana es baja y no corréis peligro en arrojaros por ella.

—No, aquí les aguardo: ya veréis cuánta diferencia va de un honrado militar, fiel á la disciplina, á una gavilla de perdidos.

Apenas hubo concluído de decir estas palabras cuando furiosa muchedumbre invadió el corredor y se precipitó en la celda.

El general tiró del sable, los amotinados retrocedieron y Méndez se vió agarrotado por cuatro ó cinco paisanos que hacían causa común con la soldadesca.

—¡Á ese, á ese!—gritaba el fraile.—¡Á ese traidor que entregó á los franceses el paso de Somosierra! ¡Á él, soldados! ¡Matémosle como á todos los malos patriotas y herejes!

Sanjuán se defendía á sablazos contra las bayonetas que tenía asestadas en el pecho. Aquella horda de pillos no se atrevía á acercarse al que les insultaba con todos los epítetos que puede arrancar de los labios de un valiente una tan infame cobardía como la que estaban cometiendo.

—¡Acabemos pronto!—aullaba el fraile.—¡Matadle, matadle como á un perro!

Pero, en lugar de matarle, lo que hacían aquellos sicarios era irse retirando.

Sanjuán aprovechó un momento de vacilación para afearles su negro comportamiento, y pronunció algunas palabras para que entrasen en razón.

Desistían ya algunos de los asesinos, cuando el fraile dejó oir otra vez su vozarrón y empujó á los bribones que parecían tener ganas de abandonar la celda.

—¡Basta ya de razones!—exclamó.—¡Apunten!...

Sanjuán vió abierta la ventana y se abalanzó á ella para huir.

Pero el miserable frailuco había dado ya la voz de *¡fuego!* y el general cayó al suelo acribillado á balazos.

III

Brilló en la feroz fisonomía del traidor una sonrisa infernal y se precipitó sobre el cadáver, dando principio con su navaja á las horrorosas mutilaciones de que fueron objeto los restos de aquella infortunada víctima. Despojáronle de sus vestidos, saquearon su alojamiento, robaron, acuchillaron, y para completar la hazaña llevároнse arrastrando el cadáver por calles y plazas, entre la algazara de soldados borrachos y paisanos ávidos de pillaje.

La luz del día les sorprendió en este vergonzoso estado á aquellos miserables. Dirigiéronse entonces hacia un paseo de las afueras y colgaron el cadáver de Sanjuán en uno de los árboles, atado por ambas manos á las ramas. Una vez bien convencidos de que nada debían temer de aquel muerto, hiciéronle nuevos disparos, tomándole por blanco, hundiendo en su pecho y en sus entrañas los proyectiles que se les había dado para que los enviasen contra los franceses.

Cuando el general Lassalle entró el día 10 en Talavera, la primera vista que se le ofreció fué el cadáver de Sanjuán al pie del árbol, excepto una mano que seguía atada á una rama, una mano que sólo había desenvainado la espada en favor de la patria y en contra de sus enemigos (1). El general Lassalle mandó dar honrosa sepultura al cadáver del pundonoroso militar español, tributándole los honores debidos á su jerarquía.

Así se habían vengado de su propia cobardía aquellos indignos soldados que no habían tenido valor para seguir al combate al héroe de Somosierra, al ilustre caudillo que fué el último en abandonar la posición disputada al emperador Napoleón Bonaparte.

El general Lassalle vió cómo huían ante sus caballos los asesinos de Sanjuán, á los cuales rechazó hasta más allá del puente de Almaraz, no parando hasta Zalamea, en los confines de Extremadura con Andalucía.

Méndez, abatido y descorazonado al ver que la patria había de esperar su salvación de aquellas bandas indisciplinadas, disfrazóse de trajinante y volvióse á Madrid con ánimo de buscar á Lacroix-Dupuy y, una vez le hubiese muerto, ir á prestar sus servicios al lado de Espinosa y de Garroyo, de nuevo á las órdenes del marqués de La Romana.

---

(1) Histórico.

IV

Llegó Méndez á la vista de Madrid el día 22 de diciembre en medio de una espantosa tempestad de agua, viento y nieve, quedando no poco sorprendido al encontrarse con el emperador al frente de sesenta mil hombres, pertenecientes en su mayor parte á caballería, que iba por la carretera del Escorial. El tirano iba envuelto en su eterno gabán gris.

¿A dónde se dirigía Napoleón? ¿Qué grave motivo podía obligarle á ponerse en camino con semejante tiempo y con un frío de nueve grados bajo cero?

Era que iba á combatir á los ingleses que sabía se habían internado en Castilla la Vieja, dejando á otros el cuidado de marchar contra Cuesta, encargado del mando del ejército de Extremadura. (Por cierto que D. Gregorio había dispuesto como primera providencia que quedase abierta Andalucía á las incursiones del francés, sin duda para que pudiesen coger los invasores á la Junta Central, instalada en Sevilla.)

Era que Napoleón no sosegaba ni dormía pensando en los ingleses, que eran su obstinada manía y sus aborrecidos rivales, los que habían derrotado á su escuadra en Trafalgar y á su ejército en Vimeiro, los que fomentaban la guerra en España, los compatriotas de Pitt, los intransigentes con el poder imperial, el estorbo de sus planes, sus implacables contrarios.

No sabía Méndez qué resolución adoptar: si seguir al emperador ó entrar en Madrid. Movíale á lo primero el pensar que, llevando tanta caballería el emperador, sería fácil que fuese con su regimiento de dragones el capitán Lacroix, curado ya sin duda de la herida, y, por otra parte, presumía que tal vez le aguardaba en Madrid su aborrecido enemigo. Resolvióse, por último, á buscarle en la ex corte, y, de no encontrarle allí, ir en seguimiento de Napoleón.

La heroica villa gemía sujeta al mando de Belliard, aterrada por las ejecuciones que sin cesar disponía el procónsul de orden del tirano, ó por los encarcelamientos arbitrarios de cuantos no se humillaban ante el nombre de Bonaparte.

Enteróse Méndez de las fuerzas que habían quedado en Madrid y supo que los dragones de Milhaud formaban parte del ejército acaudillado por el emperador. No estaría, pues, Lacroix, por lo cual resolvió salir tras de la formidable expedición que marchaba á Castilla en seguida que hubiese visto á Rosario para decirle que pronto podría dar noticias suyas á Espinosa.

Dirigióse, pues, á las Salesas, disfrazado siempre de trajinante, y preguntó por Sor Rosario á la madre tornera.

V

Era el día siguiente al en que habían ocurrido en aquel sagrado asilo las escenas que anteriormente hemos narrado.

—¿Por Sor Rosario preguntáis, buen hombre?—exclamó.—De luengas tierras debéis venir, sin duda, cuando ignoráis los escándalos que han mancillado por su causa la fama de esta santa casa.

—Pues ¿no me conocéis, madre Consuelo? Otras veces he estado aquí á preguntar por la misma novicia de quien os he hablado. Pero decidme pronto lo que ha ocurrido, porque me tenéis en ascuas desde que habéis dicho que habían ocurrido aquí graves escándalos.

—No soy la madre Consuelo, hijo, que la pobre está harto enferma, y yo he debido venir á ocupar su puesto: soy la madre Patrocinio de San Gabriel; y, en cuanto á deciros lo que ha pasado, cualquiera os lo dirá fuera del convento, que no está bien que se agreguen mis palabras al vocerío de la gente murmuradora y dada á pregonar pecaminosas crónicas.

—Pero ¿no me diréis, á lo menos, si podría ver á Sor Rosario?

—Y ¿cómo habéis de verla si se ha fugado del convento, si es que no la llevaron á la fuerza?

—¿Qué? ¿Qué decís? ¡Por caridad, sacadme de esta angustia en que me han puesto vuestras palabras!

—Cuidado como habla, hermano, que las paredes oyen, y le podrían costar caras las que ha dicho.

—Decid, madre: os lo suplico con todo el fervor con que lo rogaría á un santo.

—Pues Sor Rosario desapareció la otra noche, encontrándose á la mañana siguiente en la puerta del huerto el cadáver de un capitán francés.

—¡Cielo santo! Y ¿se ha sabido quién era ese capitán?

—Dicen que lo era de los dragones.

IBA Á CABALLO EL TIRANO, ENVUELTO EN SU ETERNO GABÁN GRIS